



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA

POLITICA, ADMINISTRACION, CIENCIAS, LITERATURA, ARTES, AGRICULTURA, COMERCIO, INDUSTRIA, ETC., ETC.

COLABORADORES: Señores Amador de los Rios, Alarcon, Arca. Sra. Avellaneda. Sres. Asquerino, Auñon (Marqués de), Alvarez (M. de los Santos), Arnao, Ayala, Alonso (J. B.) Araquistain, Anchorena, Albuera, Ardanaz, Ariza, Antonio Guerra y Alarcon, Arrieta, Balaguer, Barait, Barzanallana (Marqués de) Becerra, Benavides, Bona, Borao, Borrego, Bueno, Bremon, Breton de los Herreros (Manuel), Blasco, Burrell, Buitrago, Calvo Asensio (D. Pedro), Campoamor, Camús, Canalejas, Cañete, Cardozo, Castelar, Castro y Blanc, Cánovas del Castillo, Castro y Serrano, Calavia (D. Mariano), Calvo y Martín, Cazorro, Cervino, Cheste (conde de), Collado, Cortina, Corradi, Colmeiro, Correa, Cuesta, Cueto, Sra. Coronado, Sres. Calvo Asensio (D. Gonzalo), Comenge, Cañamaque, Calcaño, Dacarrete, Diaz (José María) Diaz Perez, Durán, Duque de Rivas, Echevarría, (J. A.) Eapin y Guillen, Estrada, Echegaray, Equiz, Escosura, Estrella, Eulate, Fabié, Ferrer del Rio, Fernandez y Gonzalez, Fernandez Guerra, Fernandez de los Rios, Fermin Toro Flores, Figuerola-Figueroa (Augusto Suarez de), García Gutiérrez, Gustavo Baz, Gayangos, Galvez de Molina (D. Javier), Gracía, Jimenez Serrano, Giron, Gomez Marin, Güel y Renés, Guellbenzu, Guerrero, Incenga, Harzenbusch, Triarte, Janer, Jaumeandreu, Labra, Larra, Larrañaga, Lasala, Lezama, Lucas Mallada, Lopez Guizarro, Lorenzana, Lorente, La Viente, Macanaz, Machado y Alvarez, Mártes, Mata (D. Guillermo), Mata (D. Pedro), Mañé Flaquer, Medina (D. Tristan), Merelo, Montesinos, Molins (Marqués de), Muñoz del Monte, Malagarriga, Ochoa, Olavarria, Olavarría y Huarte, Orgás, Ortiz de Pinedo, Oizaga, Pompilio Gener, Palacio, Pasaron y Lastra, Pascual (D. Agustín) Perez Galdós, Perez Lirio, Pi y Margall, Poyo, Reinoso, Rejas, Revilla, Rios Rozas, Rivera, Riquelme, Romero Ortiz, Rodriguez y Muñoz, Rodriguez (G.), Rosa (y Gonzalez), Ros de Olano, Rossell, Ruiz Aguilera, Sagarrinaga, Sans Perez, Sans, Salvador de Salvador, Salmeron, Sanromá, Selgas, Senavia Serrano Alcazar, Sellés, Tamayo, Trusba, Tubino, Talero, Ulloa, Valera, Velez de Medrano, Vega (Ventura de la), Vidart, Wilson (baronesa de), Zapata, Zobel, Zaragoza, Zorrilla, Sanjuan (D. Ramon de), Combarain y España (D. Eugenio), Acosta (D. Juan), Ribot y Fontseré.

PRECIO DE SUSCRICION

España: 6 pesetas trimestre, 20 año.—Europa: 40 francos por año.—Ultramar: 12 pesos fuertes oro por año.

PRECIO DE LOS ANUNCIOS

España: 4 rs. línea.—Resto de Europa: 1 franco línea.—Ultramar: 4 rs. sencillos línea.—Reclamos y comunicados precios convencionales.

Madrid 28 de Mayo de 1885

La suscripción en provincias se hará, como en Madrid, en las principales librerías, y directamente en nuestras oficinas, acompañando su importe en libranzas del Crédito Móvil, letras ó sellos de Comunicaciones; optando por este medio deberá hacerse bajo certificado.

Administración y redacción, Salesas, 2, duplicado.

SUMARIO

Revista política, por Carlos Malagarriga.—Leyendas Mu-árabes, La Casa del Godo, por Tomás Rodríguez Pini-lla.—Victor Hugo, por José Diaz Macías.—Estados-Unidos de Venezuela, por Hector F. Varela.—El Movimiento religioso en Europa y América, por Nicolás Díaz y Pé-rriz.—Cervantes, por José Alvarez Sierra.—El Archipié-ago Filipino, por R. Ortiz y Beneyto.—Bibliografía, por Antonio Guerra y Alarcón.—El Capitán Harvey, por Víctor Hugo.—Otelo y Desdémona, por Manuel Loren-zo y D'Ayot.—Rita Luna, por Antonio Guerra y Alar-cón.—Al de la triste figura, por José Alvarez Sierra.—Lo Infinito, por Teobaldo Nieva.—La infancia eterna, por Eugenio Manori Erás.—La cuerda de cáñamo, (conclusión), por Francisco Martín Arrúe.—Revista de Madrid, por Eugenio de Olavarría y Huarte.—Anuncios.

REVISTA POLÍTICA

Conferencias interminables, juntas repetidas pero infructuosas y dos reuniones última-mente celebradas han justificado á los ojos del país el interés que por la conciliación sienten las dos fracciones monárquicas, pero no el de-seo real de unirse.

Al fin parece que se ha convenido en for-mular como enmienda al proyecto de Código el criterio que en adelante sostendrán los dos partidos unidos. Queda todavía por resolver un punto que es el dificultoso: la cuestión de la ley de garantías exigida por los izquierdis-tas y á la cual se niegan los fusionistas, teme-rosos de que altas instituciones no vean con gusto que se intenta poner en tela de juicio, aunque sea en el terreno hipotético, su propia Constitución.

Contrastan las dificultades que se oponen á la unión de los monárquico-liberales con la fortuna con que se han estrechado las distan-cias entre los republicanos, quedando sólo apartados los que reconocen como caudillo al

Sr. Castelar. Es probable, sin embargo, que un nuevo y último desacierto de los conserva-dores estreche la unión.

Los concejales de real orden han declarado incapacitados para ser concejales á los señores Castelar, Moret y Prieto. El escándalo ha sido grande por tratarse de un ex-jefe del Estado, un ex-ministro de la Gobernación y un acau-dalado propietario en Madrid, antiguo director general.

Se considera generalmente como una nue-va provocación y se cree también que puede recrudecer odios comunes, y haga surgir de nuevo la coalición.

Los periódicos del extremo Oriente, publi-can varios extractos del decreto imperial diri-gido por el gobierno á los virreyes y gobernado-res de las provincias, seguido de los prelimina-res de paz.

Distinguidos sinólogos han hecho varias traducciones de este documento, pero el senti-do de la primera frase ha sido interpretada de distinto modo por cada uno de ellos; tan difi-cil les ha sido la versión inglesa que del decre-to han hecho.

Hé aquí los términos de una de estas tra-ducciones:

«Los franceses han solicitado la paz bajo ciertas condiciones; hasta ahora, todas sus peti-ciones por este objeto las habíamos rechaza-do. Por fin, hemos accedido á sus ruegos. Por lo tanto, ha quedado convenido que en An-nam, en todas las plazas que se hallan al Este de Hsüan-Küang, las hostilidades cesarán al empezar la tercera luna. Las tropas chinas se retirarán el undécimo día, debiendo hallarse en la frontera del Quang-Si el día vigésimo primero.

En las plazas que al Oeste de Hsüang-

Küang se hallan, las hostilidades cesarán el undécimo día de la tercera luna, las tropas empezarán á retirarse el vigésimo primer día y todas deberán hallarse en la frontera del Yunnan el vigésimo tercer día de la cuarta luna.

En Formosa las hostilidades se suspende-rán el primer día de la tercera luna, y los fran-ceses levantarán inmediatamente el bloqueo de los puertos.

Se ha dado orden á Li-Hong-Tchang para que telegrafie estas disposiciones á todos los gobernadores generales y á los de las provin-cias marítimas para que sean ejecutadas con la mayor puntualidad. Pero hasta tanto que algunas de las cláusulas del tratado de paz sean definitivamente acordadas, deberá procederse con la mayor prudencia á fin de prevenir cual-quier acto de deslealtad.

Los virreyes y los gobernadores del Yun-nan, de Koni-Tcheou, de las provincias marí-timas y todos los comandantes militares, de-berán recibir las correspondientes instruccio-nes para ejercer la más exquisita vigilancia, para que no puedan en ningún caso ser sor-prendidos.»

Según otra de las traducciones, el primer párrafo del decreto imperial debe interpretarse como sigue:

«Habiendo solicitado los franceses la paz, en vista de que nada solicitan que no podamos concederles voluntariamente, hemos consenti-do en acceder á sus deseos.»

El párrafo referente á los actos de desleal-tad ha sido igualmente interpretado de dos maneras distintas. Según unos, tiene este párrafo un sentido vago y relativo, y según otros, expresa la necesidad de desconfiar de cualquiera agresión que los franceses pudieran cometer.

Agitada fué la sesión celebrada en la Cámara francesa, donde se trataba de lo ocurrido el 24 de Mayo en el cementerio del *Pere Le-chaise*, con motivo del aniversario de la *Commune*. Fué, por decirlo así, un incidente crecientemente.

La extrema izquierda se quejaba de que el ministro había desplegado demasiado rigor contra los manifestantes: la izquierda, propiamente dicha, se lamentaba de lo contrario. Como se comprenderá, no era fácil la posición del ministro del Interior, pero Mr. Allain Targé supo vencer las dificultades con la sencillez y lealtad de sus explicaciones.

Contestando á M. Lacroix, que censuraba los actos violentos de la policía, el ministro del Interior dijo:

«La policía ha dado pruebas de paciencia y calma admirables; durante mucho tiempo recibieron golpes los agentes sin devolverlos, y estaban en estado de legítima defensa, cuando se decidieron á atacar.»

La sangre ha corrido, es verdad, y nadie lo siente de más dolorosa manera que yo; pero la policía ha tenido diez y nueve heridos, y hay reducido número de éstos de parte de los manifestantes. Puede afirmarse que los agentes, como verdaderos servidores de la ley, antes de demostrar mucho valor mostraron mucha moderación.»

M. Tony Révillon, que había pedido la interpelación con M. Lacroix, contestó brevemente al ministro, y el debate iba tomando otro sesgo, cuando subió á la tribuna el presidente de la unión republicana, M. Le Lievre.

La Cámara redobló la atención. De la acogida que se hiciera M. Le Lievre dependía la suerte del Gabinete.

La acogida no fué la que era de esperar, tratándose del presidente de un grupo importante. A las primeras palabras fué interrumpido por la extrema izquierda, mientras la unión republicana permanecía silenciosa.

Toda la tesis de M. Le Lievre está en las siguientes palabras que dirigió repetidas veces al ministro del Interior:

«El domingo quisisteis prohibir la bandera roja, y el lunes la habéis permitido.»

El ministro repuso que era un error lo que pretendía demostrar M. Le Lievre, pero éste se empeñó en mantener su aserción.

En este momento se produjo gran confusión, cambiándose rápidas palabras entre varios diputados. M. Le Lievre sostuvo la confusión, siendo interrumpido diversas veces por el presidente de la Cámara. Habiendo aludido al ministro de Instrucción pública, éste se expresó en los términos siguientes, cuando se restableció el orden:

«He pedido la palabra, dijo M. René Goblet, para una cuestión personal. Deseo rectificar un error material que ha cometido M. Le Lievre.»

El presidente de la unión republicana ha querido escudarse de cierta declaración hecha por individuos de cierta comisión, de la cual formé parte. Sean los que fueren los sentimientos de confianza relativa que animan á M. Le Lievre con respecto al gobierno, extraño mucho que un representante de esta Asamblea, antes de imputar á un colega una opinión contraria á sus actos y á sus discursos, no se haya tomado el trabajo de buscar la exactitud.

Sí, señores diputados: he formado parte de la comisión encargada de examinar el proyecto de ley relativo á los gritos sediciosos, y he sido el autor, bien lo recordará la Cámara, de una enmienda que proponía assimilar los gritos sediciosos á las manifestaciones hechas por medio de emblemas y anuncios.

Ya dije entonces que no podía tolerar ni la bandera roja ni la bandera blanca, que no hay más que una bandera, la de la patria, la bandera tricolor.

A mis actos y á mis recuerdos parlamentarios, debo añadir otros.

En 1882, mientras ocupé el ministerio del Interior, no se paseó la bandera roja ni siquiera en los funerales de Blanqui. Yo premié al subprefecto de Beneges por haber arrancado,

durante un tumulto, la bandera roja de manos de los sediciosos.

No quisiera abusar de mi presencia en la tribuna para censurar á M. Le Lievre por haber sostenido durante dos años un ministerio que ha permitido la exhibición de la bandera roja.»

Terminada la serie de explicaciones, se trató de dar por terminado el debate por medio de la votación de una orden del día.

Leídas varias, presentadas por diversas fracciones de la Cámara, el presidente del Consejo pidió que se votara una orden del día de confianza al gobierno, y así se acordó.

CARLOS MALAGARRIGA.

## LEYENDAS MUZARABES (1)

### LA CASA DE EL GODO

#### XII

Del bien y del gozo andan siempre cercanos en el mundo y como poniéndose mútuas asechanzas el mal y el pesar. Es, pues, el caso, que á orillas del Tormes, no lejos de aquel palacio y á corta distancia de la ciudad, vivía por aquel tiempo un rico cristiano, á quien quizá por su fiera altivez, por su prosapia ó acaso por su humor excéntrico y huraño, apellidaban las gentes *El Godo*. Aún subsiste su nombre en nuestros días, dado al valle junto al cual se levantaba su casa fuerte, un verdadero alcázar.

Tenía *El Godo* un hijo, único heredero de su gran fortuna, y también de los caprichos y los gustos campesinos del padre. Joven, de hermosa presencia, esbelto, fornido, consumado cazador, más de una vez su brioso corcel había cruzado como un relámpago delante de las cabalgatas y las giras que Sophia y su hija hacían por los valles y montes de la Valmuza, y más de una vez también losalcones de Ervigio—que así se llamaba el joven—habían hecho presa en las palomas torcaces que la inocente Leila cuidaba por su propia mano y acariciaba en su falda; accidentes que no contribuían gran cosa á hacer simpático el mozo á los ojos de la candorosa niña, la cual solía llamarle el *Caballero de la selva*. Pero al desdichado Ervigio le sucedía todo lo contrario. Leila se le había aparecido como la *lurt del Edén* que había soñado, y cada día y cada hora estaba más y más platónicamente enamorado de la encantadora Leila.

La educación respectiva de los dos jóvenes era tan opuesta, que aun cuando sus corazones hubiesen tenido fuerza de atracción recíproca, sus hábitos de vida, sus modales, sus gustos, sus modos de ser, los separaban cada vez á mayor distancia. Leila era expansiva, juguetona, de espíritu pronto y de sentimientos delicados y nobles. Ervigio era huraño, retraído, bondadoso, sí, pero vehemente en desear y tardó en concebir. Su padre, que por no abandonar los cuantiosos bienes que tenía en ganados y en tierras, se había resignado, como tantos otros á sufrir el yugo del vencedor, con ser uno de los Mozárabes, los desdeñaba y hasta los injuriaba en toda ocasión; mostrando de esta manera que le sobraba de altanería y de soberbia lo que le había faltado de abnegación y de fortaleza de espíritu para seguir á los indomables cristianos á las asperezas de Asturias. Con semejante conducta se había hecho sospechoso á los moros y aborrecible á los mozárabes, lo cual le obligaba á buscar su seguridad en el aislamiento, viviendo encerrado en su alcázar como el buho en las agrietadas rocas ó en los inaccesibles árboles de las montañas.

El joven Ervigio, habituado á tal atmósfera, bien advertía que le sobraban riquezas, pero que le faltaba alguna otra cosa, algo que le diese vida y que llenase su corazón. Desde el día en que vió por primera vez á Leila, dióse á creer que era aquel complemento de su persona lo que echaba de menos, que eran el calor y la luz de aquel sol lo único que le faltaba para su felicidad; y como hasta entonces nada de lo que excitase sus antojos se le había negado, dió también por llano y corriente que su buen ángel le había deparado á la hechicera Leila, en medio de su camino y al alcance de su mano. ¡El infeliz! ni aun quería sospechar que no estaba reservado para él aquel tesoro que tan vehementemente codiciaba! Pero de los deseos á la posesión hay distancias... que los hombres de las selvas no saben medir, ni siquiera calcular.

El palacio de Al-Mondhyr era inaccesible para el incauto mancebo, y fué en vano que acudiera á criados y á colonos para hacer que su atrevido pensamiento llegara á los oídos de Leila.

Agotados sus expedientes sin fruto alguno, Ervigio se resolvió á confiar á su padre su secreto, casi seguro

(1) En el número anterior se cometió la errata en el epígrafe de poner *alcázar* por *Wnaháto* de Al-Mondhyr.

de que su padre se apresurara como siempre á satisfacer sus deseos, y de que hallaría fácilmente el medio de conseguirlo. Pero esta vez se engañó. Con indecible sorpresa de su parte, observó que su padre fruncía el ceño y movía la cabeza al escucharle, y que sin dejarle concluir le respondió con ayinagrado semblante:

«Lo que pretendes es una locura; es más, es un imposible; piensa en otra cosa, y no me vuelvas á hablar de semejante asunto.» El padre era, por lo visto, tan inexperto como el hijo en materias de amor.

Ervigio, que por primera vez en su vida había oído la palabra *imposible*, estaba muy lejos de comprender su significación en aquel caso. Ni aun con amplias explicaciones la hubiera comprendido entonces, mucho menos sin ninguna. Repuesto de su sorpresa, juzgó buenamente que el destempe de su padre era simple efecto de sus preocupaciones de religión y de raza, de las cuales estaba afortunadamente exento el bondadoso y montaraz mancebo.

Dióse entonces á buscar en sí propio recursos para llevar á ejecución su empresa, y después de larga meditación y de alguna consulta con el criado de su mayor confianza, no se le ocurrió mejor expediente que aque- á que se acude de ordinario en las aldeas y los campos, el de las rondas y las músicas de zarabanda. Pero hizo todo con tan poco recato y por modos y medios tales, que llegaron sus propósitos antes que á los de Leila á los oídos de su discreta y cuidadosa madre. Y ésta, que no necesitaba de las imtemperancias del mozo para tenerle el poco afecto que á su padre tenían los miembros todos de su familia, preparó las cosas de modo, que una de las noches en que el buen Ervigio lograba penetrar con sus músicos en los jardines del palacio de Al-Mondhyr, y acababa de colocarse bajo el amparo de los tilos que mecían sus ramas junto á las ventanas de la habitación de Leila, mientras que aquellos preludiaban el acompañamiento de una jácara que Ervigio se preparaba á cantar, fueron todos sorprendidos, atados y conducidos á un zaguán, donde se les propinó una paliza ejemplar y se les despidió con aterrador apercibimiento.

Liegó el funesto fracaso á noticia de *El Godo*, y bramó de coraje y de despecho.

El generoso Al-Mondhyr no aprobó el hecho, pero ya estaba consumado; y preveyendo las consecuencias, quiso, para evitar la ocasión y tal vez la necesidad de mostrarse severo en asunto personal, separar por algún tiempo de estos lugares á su mujer y á su hija. Mas como esto coincidiese con la proclamación de la guerra santa y el kalifa le llamase á su lado, no tuvo tiempo para otra cosa que para depositar sus caras prendas en el palacio que le pareció más escondido y á la vez más seguro: en el castillo de Alkhandec, del cual era alcaide un miembro de su familia.

Ya hemos visto que los azares de la guerra hicieron que á la inmediación de aquella fortaleza se verificase el terrible encuentro de los dos ejércitos, y la caprichosa suerte quiso que aquel día presenciaran Sophia y Leila todos los horrores de la formidable batalla. Lo que sufrieron madre é hija, la esposa y la amante, aquel día... ¡sábelo Dios!... Pero aún las faltaba apurar las heces de aquel cáliz de amargura, como vais á ver.

#### XIII

Tres días después de la batalla de Alhándega, prosiguió refiriéndonos el doctor Eustasio, Aben Azan, que no habían querido abandonar al rey de León, hasta verlo libre de exigencias, y en camino de Ledesma, recibió en el mismo Castillo de Alkhandec, y cuando ya se disponía á marchar en dirección á La Valmuza, un billete de Sophia concebido en estos términos:

«Guárdeos Dios misericordioso y clemente. Si después de salvar las cenizas de Al-Mondhyr os interesa salvar lo que él amó más en la vida,—su honor, su hija y su esposa,—présteos alas, para volar á su socorro, vuestro cariño y el recuerdo de su amistad.—Sophia.»

Aben Azan no dió lugar al mensajero para explicar la angustiosa situación en que debían quedar la mujer y la hija de Al-Mondhyr.

—Ten la lengua, Abd-ul-Sayd,—hubo de decir al enviado.—Te escucharé gustoso, pero será cuando no me hagas perder tiempo. Dió á seguida las órdenes convenientes á sus subalternos: montó á caballo, y seguido solamente de una pequeña escolta, se puso en marcha, llevando á su lado al mensajero Abd-ul-Sayd.

—Guía—le dijo entonces Aben Azan—por el camino más corto.

—¿A Salamanca ó á La Valmuza?—le preguntó el mensajero.

—Al palacio de Al-Mondhyr—le respondió sin vacilar Aben Azan.—Y dime ahora lo que ocurre dentro y fuera de la ciudad.

Contóle entonces Abd-ul-Sayd, que la derrota de Abd-el-Raman y la muerte de Al-Mondhyr habían llegado á noticia de los cristianos de Salamanca, como por el aire. Que dentro de la ciudad misma había estallado una sublevación á cuya cabeza estaba Ervigio, quien, con una audacia que nadie sospechaba en él, había sorprendido las guardias, y héchose dueño del recinto. Que los jeques, los imanes y los árabes principales se habían

refugiado en la fortaleza de la mezquita, Dejema, donde el terrible Ervigio los tenía estrechamente bloqueados; mientras que su padre, *El Gordo*, al frente de una hueste de foragidos, armados de hachas, de hoces, y de teas encendidas, recorría Los Montalvos, talando e incendiando cosechas y caseríos. Que los Mozárabes de La Valmuza se armaban á toda prisa para resistirle; sin embargo de lo cual no ocultaba su proyecto de entrar á fuego y sangre en el palacio de Al-Mondhyr.

—Juro por Allah—le interrumpió Aben-Azán—que antes de que el hijo reciba el premio debido al valor, recibirá el padre el castigo de su cobarde felonía. Y puso su caballo al galope, teniendo que seguirle la escolta, y sin separarse de su lado Abd-ul-Sayd.

Habían corrido, sin volver á desplegar los labios, cerca de cuatro leguas por la *vía argentea*, cuando al ir á descender un ribazo para cortar cerca de su nacimiento el valle del Zurguen y dirigirse al de La Valmuza por la espalda de los Montalvos, Aben-Azán percibió á su derecha una inmensa nube de humo y de fuego. Refrenó su brioso corcel y mandó á Abd-ul-Sayd, que se adelantase á explorar la causa de aquel incendio. Pero antes de que éste lo ejecutase, reparó que destacándose del paraje en que las llamas eran más intensas, venía sobre ellos á todo escape una cuadrilla de foragidos, á caballo los unos, á pie los más y armados de todas clase de armas. Aben-Azán no les dejó tiempo de arrepentirse ni de llegar á él. Hizo brillar al aire su alfanje, mandó á su escolta enristrar lanzas, y sin fijarse en el número, cargó á la cuadrilla con ímpetu arrollador. Algunas ginetes hacen frente y se defienden con denuedo; pero los más vuelven grupas y se replegan tras de la manga de fuego que formaba un caserío incendiado. Los infantes corren á la desbandada por aquellos campos que la escolta de Aben-Azán, habrían sembrado de cadáveres y heridos, si atento aquél á los peligros que corrían Leila y Sophía no hubiera dado alto á sus musulimes. Mandóles enseguida echar pie á tierra para dar un descanso á los caballos, y en el momento en que iba también á apearse envainando su alfanje, un venablo lanzado contra él por uno de los heridos que yacía junto á una tapia, se clavó en la silla de su corcel, causándole una ligera herida en la parte anterior del muslo derecho. Abd-ul-Sayd iba á descargar el golpe de gracia sobre la cabeza de aquel desgraciado; pero Aben-Azán le contuvo, diciendo en alta voz:

—Tenéos: la sangre de los bravos no abunda tanto, que la debamos derramar sin cuenta ni razón.

Y en voz baja añadió: Ese hombre me hace falta. Reconocedle, Abd-ul-Sayd, y si sus heridas no son graves, traédmele aquí.

—Por Allah—respondió éste—que antes he de curar la vuestra, que, según veo, sangra demasiado.

—Deja Abd-ul-Sayd, que riegue con mi sangre la tierra que ha de llevar mi nombre (1). Mi herida es leve: la he visto ya y conviene que se desahogue un poco; tu bálsamo después bastará á curarla.

Hubo de obedecer Abd-ul-Sayd, y á poco rato volvió á presencia de Aben-Azán con el hombre del venablo. Tenía éste dos heridas de lanza, una en el costado derecho y otra en la cabeza, pero ninguna de ellas grave; ambas las había ya vendado Abd-ul-Sayd.

—¿Qué causa te ha movido—dijo Aben-Azán al herido—para ensañarte conmigo después de rendido y fuera del combate?

—Eres sectario de Mahoma y yo soy cristiano—contestó éste.—Obedeces al kalifa de Córdoba, y yo acabo de prestar homenaje al rey de León en manos del valeroso Ervigio, á quien creí prestar el último y el mayor servicio haciéndote desaparecer del número de los vivos. Y voy viendo que no me engañaba, porque tú sólo le aventajas en el fuego de la mirada, en la generosidad y en el valor.

—¿Y llamas tú valor y generosidad á ordenar el asesinato y el incendio?...—repuso Aben-Azán sin poderse contener.

—Te engañas, Kayd—contesté con entereza el cristiano.—Ni Ervigio es capaz de ordenar esos crímenes, ni el incendio que has presenciado es obra de los compañeros y soldados de Ervigio. Al contrario, nos ha destacado en diferentes direcciones para impedir y castigar esos desmanes, que su padre quizás es quien ordena, ó cuando menos autoriza. Llegamos aquí pocos ginetes cuando vosotros osomabais ya por aquel cerro. Una cuadrilla numerosa de fanáticos ó de perdidos había ya puesto fuego á este caserío, después de haber cometido en él todo género de excesos; pero con vuestras lanzas y vuestros turbantes al frente, ni hemos podido cortar el fuego, ni castigar á los incendiarios, ni volcaros en la pelea.

—Si lo que me dices es cierto—le dijo entonces Aben-Azán,—lamento que hayáis sido víctimas de un error mayor que el mío. Cierto es que estás entre sectarios del Profeta; pero no lo es que te halles entre soldados del kalifa de Córdoba. Estás, por el contrario, entre tus compañeros de armas, al lado de fieles servidores de

Ramiro II, á quien Allah proteja. Busca tu caballo y ponte á seguirme.

—Noble Kayd—interrumpió el cristiano,—soy tu prisionero de guerra, y debo la vida á tu generosidad; tuya es desde ahora, puesto que te la debo. Pero si, como dices y yo creo, sirves á mi rey, harías bien en enviar un mensajero á Ervigio; primero, para que contase con tu auxilio, y después para darle noticias de Ramiro II y de su hueste. Porque debo añadirte que también con este objeto nos ha destacado de la plaza; sin embargo de lo escaso de sus fuerzas para el bloqueo y asedio de la fortaleza que ocupan todavía los jeques y moros principales de la ciudad.

—Ese mensajero serás tú mismo—respondióle Aben-Azán;—pero no llevarás á Ervigio ese sólo mensaje. Es también necesario que le des testimonio de lo que tú mismo has de presenciar.

TOMÁS RODRÍGUEZ PINILLA.

## VICTOR HUGO

Un grito de dolor ha resonado en el mundo; la humanidad se ha sentido herida en lo más profundo del alma; los cielos se han abierto para recibir al genio; el pueblo de París muéstrase hondamente angustiado ante la terrible catástrofe de que ha sido teatro la capital de Francia; el libro de la historia se abre para inmortalizar su nombre; la noticia de su fallecimiento cruza los mares y lleva á todas partes el desconsuelo más espantoso, las naciones se disputan la honra de llorar su muerte; la tierra se extremece al recibir en su seno los inmortales restos del poeta; las Universidades cierran sus puertas en señal de duelo, y las musas, vestidas de rigoroso luto, lloran amargamente al borde de su modesta tumba.

Ha muerto cuando la vida le sonreía; cuando todo un gran pueblo le llamaba su padre; cuando su talento, como la luz del sol, se había extendido á los más apartados confines, dejando por doquiera la huella de su brillante fantasía y el poderoso extro de su fecunda imaginación; cuando aún resonaban en sus oídos los ecos de aquella inmensa muchedumbre que lo aclamaba con frenesí y bendecía su nombre derramando lágrimas de gratitud; cuando todos los soberanos inclinaban sus coronadas frentes ante la majestad de su grandeza, envidiando el dilatado imperio que dominaba aquel genio con su talento y enriquecía con su vigorosa elocuencia.

Pero no; no es posible que un hombre tan grande haya dejado de existir; no podemos creer que aquella majestuosa figura que se alzaba entre todos los escritores de su tiempo haya desaparecido para no levantarse jamás; no es posible, repetimos, que se haya eclipsado para siempre aquella luminosa estela cuyo resplandor clarísimo era bastante para iluminar un mundo.

Victor Hugo no ha muerto, porque viven y vivirán eternamente sus obras; porque su nombre, escrito en el libro de la humanidad, no puede borrarse mientras exista una cabeza que piense, un corazón que palpite y un hombre que aprecie las bellezas del arte, reflejadas en las sublimes y sorprendentes composiciones del poeta. No ha muerto, no, porque si, como dijo él mismo, «la muerte es luz», ahora, con más intensidad que nunca, empezará á lucir su numen poderoso en los amplios horizontes de la literatura universal.

No es este el momento oportuno de analizar su vida, y menos aun de comentar sus obras; el corazón es pequeño para sentir su muerte. Tan sólo el dolor y la admiración deben guiarnos al dedicar este humildísimo recuerdo á la imperecedera memoria de aquel varón insigne que al bajar á la tumba arrastra en pos de sí la gloria más inmensa que las edades han conocido.

Vedlo allí; reclinado está en el lecho del dolor: en su ancha y soberana frente brilla la aureola de la inmortalidad; de entre sus lábios aún se escapa una ligera y dulce sonrisa; aún palpita aquel hermoso corazón que tantas veces latió ante las grandezas del arte; deudos y admiradores, inmóviles como estatuas y en cuyos rostros ha dejado el dolor huellas profundas, permanecen en aquella habitación

donde penetra sin piedad la muerte, ni un sólo rayo de luz llega hasta allí á través de los vidrios de colores, acaso por no alterar la majestad imponente de aquella horrible agonía. ¡Instante supremo aquel en que el espíritu abandona la materia! ¡Qué violentas sacudidas debe sentir el organismo humano! ¡Qué lucha tan desigual entre la vida y la muerte! Alzanse á un lado las sombras, las dudas y los misterios, mientras en el otro aparecen la luz, la verdad, lo infinito.

Impotente se declara la ciencia para contener el alma en su inmortal carrera, impotente también es el pueblo para impedir que se cumplan los altos designios del Todopoderoso.

No se hizo esperar el desenlace de aquel horroroso drama y á la una media de la tarde del 22 del corriente, cuando una inmensa muchedumbre ocupaba silenciosa y por completo la avenida de Eylau donde el gran escritor vivía, aparecieron en uno de los balcones del edificio Dumas y Sardou, quienes profundamente conmovidos manifestaron al pueblo que el cantor de los cantores, aquel grande entre los grandes, había dejado de existir.

Un ruido sordo, penetrante, parecido al que produce el león al sentirse herido de muerte, se escapó del pecho de aquella angustiada multitud que poco á poco y con el corazón comprimido fué desapareciendo de aquella avenida donde tres años antes había aclamado con entusiasmo al poeta al celebrar el banquete del cincuentenario de *Hernani*, una de sus más inspiradas obras.

Al duelo de la vecina república ha seguido el de los demás países civilizados, porque á todos ellos llegaba la fama de su nombre y el grandioso torrente de su inspiración sublime.

Deber de todos es agregar, aun cuando no sea más que una flor á la magnífica corona que en vida se tegió el poeta, y nosotros cumplimos hoy con este sacratísimo deber sintiendo con toda el alma el triste motivo que nos mueve á trazar estas incorrectas líneas.

Descansa en paz, coloso de la edad presente; ya ha llegado para tú la hora del reposo, bendito seas tu que haces brotar á raudales el sentimiento más puro de la humanidad y elevar nuestras almas á las altas esferas de los cielos donde se pierde y oscurece nuestra razón; bendito mil veces seas, espíritu sublime, que has de vivir eternamente á través de todos los tiempos, en todos los pueblos y reinar sin límites en todos los corazones.

JOSÉ DIAZ MACÍAS.

## ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA

### LA LEALTAD DE CRESPO

Ya que la fortuna ha querido que la mayor parte de los repúblicos americanos hayan entrado al camino de la reorganización, bajo los auspicios felices de la paz y de la libertad, conviene que en España se conozcan *las causas* que en alguna de ellas está produciendo la *continuación* de un orden de cosas, que habiéndole dado prosperidad y grandeza en el interior, crédito y simpatías en el exterior, auguran porvenir venturoso para sus destinos.

Hablo de la República de Venezuela, de la que me he ocupado preferentemente en este periódico hace ya más de cuatro años.

Las conquistas allí alcanzadas después de cerrado el período de las revoluciones y establecido el imperio de la ley, no fueron la obra de uno de esos partidos políticos que por turno legal llegan á la cima del poder.

Fué la obra de un gran prestigio personal, de una voluntad francamente puesta al servicio de una causa noble, cuando se sintió potente y fuerte para poder imprimir dirección á los elementos populares; de un hombre de condiciones extraordinarias en el ejercicio del poder, y los consejos de la administración.

En una palabra, fué la obra de Guzmán Blanco, á quien he tenido la fortuna de hacer conocer en esta España, tan simpática y querida á su corazón.

(1) Y en efecto, existen hoy en aquellos sitios dos pequeños pueblos que llevan: uno el nombre de Azán, y otro el de Miranda de Azán.

Estas situaciones políticas en la vida de cualquier pueblo, creadas por el prestigio de un hombre, ya que reposan en ese prestigio, suelen ofrecer un gran peligro; que, con su desaparición, pueden desaparecer también las conquistas por él alcanzadas, y las esperanzas, que son como compañeras inseparables de esas situaciones excepcionales.

¿Acaso lo acontecido en la misma Venezuela no da testimonio de esta verdad?

Un día Guzmán Blanco cumplió el período legal de su gobierno, y con el apoyo moral de su legítima influencia contribuyó al nombramiento del general Alcántara para que le reemplazase en el poder.

¿Qué sucedió?

La lealtad, la honradez y la consecuencia imponían al nuevo mandatario el deber sagrado de ser en el gobierno simple continuador de Guzmán Blanco; es decir, de una política y de una administración que habían dado a Venezuela todo cuanto entonces constituía su prosperidad, su crédito y grandeza, después de los días de luto y dolores que tanto la hicieran sufrir.

Pero el general Alcántara, el que había llorado en el puerto de la Guayra al ir a despedir a Guzmán Blanco, que salía para Europa, lejos de serle leal y consecuente, apenas le vio alejado de las patrias riberas, quiso independizarse, frase sarcástica inventada para cubrir una inicua traición, y se levantó airado contra el hombre que acababa de entregarle una situación próspera y feliz.

Para combatir lo que llamaré la obra de Guzmán Blanco; esto es, todo lo que había creado, construido y edificado, era preciso hacer un verdadero gobierno de demolición, en el que los tesoros públicos se convirtiesen en caja particular del mandón, con que satisfacer sus caprichos licenciosos, y enriquecer a los cómplices de la traición.

Fué lo que allí sucedió, produciéndose tan espantosa anarquía y desorden tan grande, que en poco tiempo la noble patria del inmortal Bolívar, se encontró otra vez al borde del abismo, volviendo a los días sombríos del pasado.

¿Y todo por qué?

Es lo que mis lectores deben tener bien presente, no sólo para comprender lo acontecido entonces; sino para darse cuenta de las causas, porque en la actualidad Venezuela sigue triunfante su marcha de paz, de trabajo, de progreso y general contento: única y exclusivamente porque el gobierno de Alcántara no siguió la tradición del gobierno del ilustre Guzmán Blanco.

En medio de su desesperación, el país, que caminaba a su ruina, volvió de nuevo la vista hacia su caudillo afortunado, hacia el hombre a quien Alcántara acababa de traicionar, y le pidió con instancia que regresase al seno de la patria.

Cuando los políticos han llegado a cierta altura en la vida de un pueblo, ya no se pertenecen; se pertenecen a la patria que los ha engrandecido, y a los conciudadanos que han colocado sobre su frente la corona de la popularidad.

Lo comprendió así Guzmán Blanco, y sin vacilar, como el que está destinado a cumplir grandes destinos, regresó al seno de su patria.

¿Para qué?

Ya lo he dicho muchas veces a los lectores de LA AMÉRICA: para reanudar su tarea, destruir todo lo malo hecho por Alcántara, borrar las huellas de su paso fatal por el gobierno, remover los escombros dejados en el camino, abrir las escuelas cerradas, organizar la Hacienda desquiciada, establecer el respeto a la autoridad y encauzar, por fin, la administración en las vías del orden y la legalidad.

La tarea parecía superior a las fuerzas de un hombre; pero la actividad, la práctica, la firmeza, el talento y la suficiencia del general Guzmán Blanco, fueron bastantes a vencer todas las dificultades, y en esta segunda época de su laborioso gobierno volvió a levantar el país de la postración en que yacía, presentándolo una vez más a la consideración del mundo organizado y feliz.

Pero llega el momento en que, como en años anteriores, debía concluir el período legal de su gobierno.

De acuerdo con los preceptos constitucionales hay que nombrar su reemplazante, y la noble nación venezolana, libre y espontáneamente proclama candidato y elige presidente al general D. Joaquín Crespo.

Ya lo conocen mis lectores.

Ya conocen también la recomendable lealtad con

que este honrado patricio está cumpliendo los austeros deberes que le imponen, no ya las promesas hechas a su compañero y amigo, sino la tradición de una política salvadora para su patria.

Alcántara perdió a Venezuela y cayó, por no seguir la huella trazada por Guzmán Blanco.

Crespo está consolidando la paz, dando expansión al progreso y prestigiando el nombre de la patria por ser consecuente a la tradición establecida por Guzmán Blanco, mostrando así que ha bastado hacerse el continuador de aquella política para consolidar en Venezuela las conquistas de su antecesor.

Esta lealtad, esta consecuencia del general Crespo, es lo que yo deseo que se conozca en Europa para que se comprenda la solidez que tiene por base la situación actual de aquel país.

Un hecho reciente viene a ofrecer nuevo testimonio de la rectitud del actual presidente de Venezuela.

Parece que en la ciudad de Valencia, en la que existe una estatua del general Guzmán Blanco, algunos malvados aprovecharon las sombras de la noche con el objeto de causar desperfectos a la obra. Apenas lo supo el presidente Crespo, escribió la carta que va a leerse al presidente del Estado federal, al que pertenece aquella alegre e importante ciudad:

«General J. Berrio.

Valencia.

Yo no puedo creer lo que varios amigos de Carabobo me dicen en telegramas de hoy sobre actos bárbaramente ejecutados contra la baranda que circunda la estatua del general Guzmán Blanco.

Yo no quiero creer que tales hechos se hayan consumado, porque no es en Carabobo, el glorioso Estado de las nobles y grandes tradiciones de libertad y de justicia nacionales, donde la iniquidad puede encontrar calor que la fecunde. Ni es Valencia, la histórica ciudad de los patrióticos arranques, y de las trascendentales determinaciones en la vida política de la República, el centro aparente para consumarse atentados semejantes.

Ni se concibe que aquella estatua, obra de Carabobo, contra la cual no pudo nada el furor de la demagogia en 1878, venga hoy a ser en plena paz y en pleno régimen de leyes, el blanco de pasiones infames, al amparo de las sombras tenebrosas de la noche, que es la obligada confidente de los crímenes.

No es posible, no, que la soberana voluntad de Carabobo quede supeditada por las infernales maquinaciones de los cobardes.

Es indispensable, pues, que V. se apersona en tan delicado asunto, para que la vindicta pública que es fuente de vida para los pueblos, quede espléndidamente satisfecha en Carabobo, sin que en ningún caso pueda haber razón para que se le hagan cargos al Gobierno que V. preside.

JOAQUÍN CRESPO»

Bastaría esta sola carta para conocer el noble, levantado y recto carácter del actual presidente de Venezuela.

Es indigno el hecho de que ha tenido noticia, y sin pérdida de tiempo ha querido que el país todo sepa que condena el atentado, como uno de esos actos repugnantes que sólo infaman al que los practica.

¿Cuánta diferencia con la conducta de Alcántara! Este, no sólo consintió que los ingratos a quienes Guzmán Blanco había dado altas posiciones y fortuna, derrumbasen de su pedestal las estatuas que el pueblo había levantado a su regenerador, sino que cometió la infamia de asociarse a aquellas banales de la embriaguez, saludando con los gestos de Momo el estrépito que el mármol producía al caer.

Hombre serio y digno, y sobre todo venezolano patriota, el general Crespo ha creído que no debía tolerar con su silencio la simple intentona de la perpetración de otra bacanal; y de aquí la generosa inspiración que le ha dictado la carta que acaba de leerse.

Ese documento tiene más trascendencia del que a primera vista parece.

No es sólo la protesta de un amigo leal contra un atentado inicuo: es la protesta de la nación entera contra una manifestación que lleva en sus entrañas el germen de todas las ingratitudes.

¿Hay alguien en Venezuela que desconozca los servicios que Guzmán ha prestado a su patria?

¿No han sido allí todos testigos de esa verdadera cadena de beneficios que ha venido realizando el jefe supremo de la nación venezolana?

¿No los palpan?

Entonces, ¿quienes pueden ser los que quieran protestar contra la obra del bien, pretendiendo ensañarse contra un pedazo de mármol helado, buscando satisfacer en él los desahogos de una impotencia manifiesta?

No ha de ser la República venezolana una excepción a los demás pueblos que constituyen la humanidad: en todos ellos, desde las épocas más remotas, han existido ingratos y malvados, almas parásitas, incapaces de conocer las expansiones del patriotismo, y que sólo han vivido con la esperanza de medrar en las convulsiones políticas y la anarquía.

Por fortuna, pocos de estos seres raquíticos existen en aquellas hermosas comarcas; pero bueno es que el general Crespo, en nombre de la lealtad y de la justicia, trate de arrancarles la careta para presentarlos a la vergüenza pública como otros tantos traidores, dignos del desprecio de las gentes honradas.

Con motivo de otra carta dirigida al director de un periódico de oposición que acaba de fundarse en Caracas, en lo que el general Crespo hace nuevo y afectuoso alarde de su consecuencia para con Guzmán Blanco, había sido objeto de una de esas manifestaciones populares que deben llenar de legítimo orgullo a un gobernante honrado.

Mientras que de distintos puntos de la República recibía por el telégrafo millares de felicitaciones, el pueblo de Caracas, precedido por varias bandas de música, invadía como una ola gigantesca los salones de la casa particular del primer magistrado. Una vez congregados bajo aquel techo amigo, varios oradores le dirigieron entusiastas la palabra, felicitándole, no sólo por la manifestación de su lealtad a Guzmán Blanco, sino por lo eminentemente democrático de su proceder, al prescindir de su alta posición oficial para descender al terreno de la prensa a sostener en ella, como el último de los ciudadanos, sus ideas y convicciones.

Yo me siento feliz en poder transmitir estas noticias a mis amigos de España, que verán confirmadas una vez más las seguridades que les vengo dando sobre la lealtad del general Crespo y la nobleza de sus proceder.

HÉCTOR F. VARRELA.

## EL MOVIMIENTO RELIGIOSO

EN EUROPA Y AMÉRICA

### CAPÍTULO DÉCIMOCUARTO

Pío IX y Napoleón III, unidos por la suerte de la política.—Los jefes de la reforma en Europa.—La situación del Pontificado.

#### I

Cuando Francia y España, tan eminentemente religiosas de antiguo y sumisas a la voluntad de los Papas, rompen hoy la unidad católica, protestando la parte de su clero más ilustrado contra el dogma de la infalibilidad, abriendo templos protestantes en París, Lyon, Marsella, Málaga, Sevilla, Córdoba, Granada y Madrid, es que el movimiento religioso está bien laborado, y los pueblos todos, hasta los más fanáticos, están contentos con el principio cismático de la nueva escuela anti-papista.

La única esperanza que tenía Pío IX para resistir a las necesidades del siglo era en Napoleón III. Puede decirse que, mientras el tercer Bonaparte hubiera regido los destinos de la Francia, las bayonetas de los hijos de San Luis sostendrían los fueros del Papado en lo temporal y todos sus errores en lo espiritual. Pero Francia, el pueblo noble y altivo francés que ha roto ya con la unidad religiosa que le ligaba a Roma (1), no se hacía solidario de la

(1) En todas las principales capitales de Francia hay levantados hoy templos de muy diversas religiones, y no hace aún un año que se inauguraba en París con inusitada pompa una tercera sinagoga en la rue de la Victoire, en cuyo barrio se hallan las familias más ricas de la colonia judía y el hotel de la familia Rotschild, protector del nuevo templo. La sinagoga pertenece al estilo romano-bizantino. Sobre el pórtico se halla la

conducta de su último emperador. Bien por el contrario, anatematizaba todo lo que venía de Roma y llamaba á Pío IX *el peor de los Pios*, pues sabido es que la Francia ha sufrido mucho bajo el pontificado de los Pios.

Luis XVI fué decapitado en tiempo de Pío VI.

Bonaparte derribó la República en el de Pío VII, y las dos caídas del primer imperio tuvieron lugar en el mismo pontificado.

Carlos X fué destronado en el de Pío VIII.

La expulsión de Luis Felipe, la caída del segundo imperio y la humillación de la Francia por las armas alemanas, han acaecido gobernando la Iglesia Pío IX. ¡Siempre los Pios azotando la Francia!

Conservando, pues, estos recuerdos, el pueblo francés tenía que mirar con notable prevención el nombre del Pontífice actual, y al arrojar de su pueblo al apóstata del 2 de Diciembre, dejó abandonado á su propia suerte al Pontífice atrevido, al sacerdote soberbio que, olvidándose de las doctrinas evangélicas, se declara infalible y amenaza con excomuniones á los pueblos que quieren ser libres y á los príncipes que le niegan su obediencia. Napoleón había sostenido al Papado desde 1850, y era natural que cuando el coloso de la Europa latina cae envuelto en la vergüenza y en el desprestigio, sus satélites fenecieran instantáneamente.

Es la ley de la vida que nunca falta en sus reglas inmutables.

## II

Y claro es que este poder pontificio, que tan artificialmente se sostenía hasta ahora, al caer hoy ha presentado el verdadero estado en que tiempo ha se encontraba. Ningún pueblo le obedecía ya desde 1805. Los Borbones de Italia y de España le habían sido fieles, pero proscritos ya como Napoleón III, el Pontífice no ha podido resistir á la voluntad de los pueblos, que le era contraria, y sometido su poder á las leyes plebiscitarias se encontró con que en la misma Roma, frente á frente del Vaticano, aquel pueblo, que cruza diariamente por la plaza de San Pedro y que desde los siglos V y VI había venido sufriendo los horrores del poder clerical, vota por la unidad de Italia; y la obra de Mazzini y de Garibaldi se consuma para bien de un rey apóstata, de un monarca desagradecido que persigue hoy á los ilustres patriotas y á los eminentes políticos que han llevado á cabo la obra gloriosa que en muchos siglos no pudieron realizar los que de continuo venían suspirando por la unidad del pueblo italiano.

Y mientras el Pontífice lucha hoy con la indiferencia de unos católicos y con la rebelión de otros, consigue quedarse en el aislamiento más completo, en tanto que los viejos católicos logran el movimiento más victorioso que jamás ningún otro cisma ha conseguido. En Rusia especialmente hasta de la iniciativa particular brota hoy una cruzada formidable contra la supremacía de la Iglesia de Roma; y todo lo que la Iglesia viene haciendo desde mediados del siglo XVI es allí condenado por los sabios y los filósofos. Ahora encrucece más la guerra, y el cisma triunfa por completo en aquellas heladas regiones. Desde 1862 existe en Moscu una asociación denominada *Sociedad*

galería destinada á las damas y el gran órgano. En medio de la nave el Theva, el altar donde oficia el ministro, frente al Arca Santa, con el magnífico candelabro de siete brazos en plata maciza, regalo del barón Alfonso Rotschild. Los grandes rabinos y los demás ministros del culto, llevaron los libros de la ley hasta el Arca Santa, después de cuya ceremonia se pronunciaron varias pláticas elocuentes, y por distinguidos artistas, todos ellos israelitas, se cantaron los salmos con música de Rossini, de Halévy y otros ilustres compositores. Desde 1785, en que algunas docenas de israelitas obtuvieron autorización de poder vivir en París, la congregación hebrea ha crecido hasta 50.000 almas, contando hoy tres sinagogas para su culto.

Ultimamente, esto es, la semana anterior se acaba de inaugurar en París otra nueva sinagoga consistorial que va á ser el más elegante y rico templo de la religión judaica en Francia. Al pie del tabernáculo se colocaron el día de la inauguración, contra toda costumbre antigua, 30 señoritas peticionarias. La solemnidad se hizo en medio de inusitado lujo y las damas israelitas asistían á las galerías luciendo magníficos trajes á la luz del gas con que estaba alumbrado todo el templo.

*dad de amigos de la instrucción religiosa*. Una sección de esta sociedad acaba de fundarse el mes pasado en San Petersburgo bajo la presidencia de S. A. I. el gran duque Constantino Nicolajevith, con el objeto de contribuir:

1.º A la armonía del clero con la sociedad laica, y á un cambio de ideas sobre las cuestiones pertenecientes á la iglesia ortodoxa.

2.º A la propaganda de las sanas nociones sobre las verdaderas doctrinas, los destinos históricos y las necesidades contemporáneas de la Iglesia ortodoxa por medio de publicaciones y conferencias científicas y populares.

3.º A sostener relaciones con los campeones de la verdad ortodoxa en el extranjero, prestarles apoyo moral y contribuir á esclarecer las opiniones del público extranjero sobre la Iglesia ortodoxa.

Esta asociación sostiene principalmente relaciones con el pueblo oriental, donde el cisma ha triunfado rápidamente sobre la Iglesia romana. En Oriente, donde los recuerdos por las verdaderas doctrinas de Jesús son más vivos, el alto clero es el que capitanea el movimiento religioso; por eso creemos prudente dar aquí los nombres de los preladados católicos que en aquel país combaten las innovaciones y el despotismo de Roma de una manera pública.

Helos aquí:

Monseñor Ohamnes Cupelian, patriarca armenio.

Monseñor Basilio Gasparian, arzobispo de Chipre.

Monseñor Santiago Pedro IX Bahdarian, patriarca de Silicia.

Monseñor Ignacio Kalibgian, arzobispo de Amassia.

Monseñor Plácido Carangian, arzobispo de Antioquia.

Monseñor Moisés Amberboyan, obispo de Laodicea.

Monseñor Eliceo Teotossian, obispo de Se-leucia.

Monseñor Serafin Dadivian, obispo de Aní.

Monseñor Juan Kiupelian, arzobispo de Diazbekir.

Monseñor José Kupelian, obispo de Nipirgherd, y uno de los jefes mas principales del movimiento armenio.

Hay además otros muchos preladados que todavía no han declarado públicamente su oposición al neo-catolicismo, pero que no están con él, y que desde el púlpito se muestran benévolos con el movimiento, y muy contentos comparten la vida en íntima amistad con los curas cismáticos.

A estos preladados orientales secundan en Europa los siguientes sacerdotes y sabios distinguidos:

El canónigo J. Doellinger, rector del claustro de Munich.

El abate Kamiuski.

Monseñor Compellian, patriarca de Constantinopla.

Monseñor Stros Mayer, obispo de Bosmia y Syruum.

El abate Federich.

Monseñor Reinkeus, obispo de Prusia.

Monseñor Loós, arzobispo de Utrecht.

Monseñores los obispos de Lincoln, d'Eley, y de Maryland.

Monseñor Rossi, obispo católico de Atenas.

El P. Schwarzmann, de Carlsruhe.

El obispo Graudieche.

El arzobispo Saurpurtp.

El abate Hervoats.

El P. Sarfal.

El canónigo Sperwal.

El P. Jacinto, de París.

El abate Junqua.

El P. Andrea d'Altogene.

Mr. Federico Nery.

Mr. Vincenzo Caprera.

El P. Gerardo Molfese.

El abate E. Michaud, canónigo de Chalons y vicario de la iglesia de Santa Magdalena en París.

El canónigo Mouis, director del periódico *la Renovation Religieuse* y presidente del comité católico de Bruselas.

Mr. Bassompierre, vicepresidente del co-

mité de la iglesia de los verdaderos católicos de Bruselas.

El párroco de Berlaimont.

El abate Porta, presidente del cisma en Silicia.

El sabio P. abate Egli, jefe del movimiento en Suiza.

El P. Darboy, párroco.

El doctor W. Chaune Laugden.

El R. P. Cassani.

El profesor Jenichevo.

El profesor Cornelius, de Munich.

Mr. Schulte, presidente del Congreso de Munich.

Mr. Bluntschlin, de Heidelberg, presidente del congreso protestante.

El P. Herzog, de Berna.

El P. Hegkamp, de Utrech.

El P. Didán, dominco, predicador en la Trinidad, de Paris.

El doctor Kossut, de Nueva York.

El P. Félix, de Paris.

El doctor Stros Mayor, alemán.

El P. Eloy Antón, de Suiza.

El P. Spur, de Starrkirch.

El doctor Mary, secretario del obispo de Londres.

El padre Janyschew, director de la Academia de San Petersburgo.

Mr. R. Nevin, rector de la capilla americana en Roma.

Mr. de Kesserow, consejero ruso.

Mr. Huver, profesor.

Mr. Friedrich, polaco.

Mr. Schult, de Praga.

Mr. Reufflte, de Mering.

Mr. Abasson, de Viena.

Mr. Herzog, de Lucerna.

Mr. Guswert, de Koenigsberg.

Mr. Kaminski, de Kattowite.

Mr. Classen-Kappelsmanu, de Colonia.

Mr. Michills, profesor.

Mr. Kuoodt, profesor.

Mr. Reust, profesor.

Mr. Languan, id.

Mr. Tanquerman, id.

Mr. Rothls, id.

Mr. Kluns, id.

Mr. Wuffing, consejero superior del Estado.

Mr. Petri, consejero del Tribunal de apelación de Wiesbad.

El P. Cipriano de Tornos, español.

El P. Des Pilliers, director de *L'Ere Chritienne*.

El P. Tristan Medina, de Madrid.

El P. Romero, presbítero, de Málaga.

El P. Aguayo, beneficiado de la catedral de Motril y director de *La Iglesia Española*.

Don Juan García Mora, párroco de Villanueva de la Vera.

Los presbíteros D. José Agustín Escudero, D. Antonio Barroso, D. Juan Claramonte y Hernández y D. Félix Ponce de León.

Don Luis Antonio Fernández, director de *La Reforma*, de Madrid.

El P. Antonio Villaseñor, presidente de la *Junta mejicana de presbíteros anti-infalibilistas*.

El P. Juan Enriquez, secretario del anterior, con otros muchos que sería tarea larga de enumerar en este capítulo y que aceptan la reforma religiosa.

## III

A la cabeza estos hombres del cisma moderno, es de esperar que muy pronto venzan completamente á los infalibilistas romanos, cuya suerte es bien triste en verdad, pues de cualquier modo que se mire la división de los católicos, deberemos reconocer que la situación del Pontífice en su postrera agonía no puede ser más crítica. Rota ya la unidad católica en todas las naciones del mundo, la supremacía de la Iglesia romana ha terminado, y el Papado, por consiguiente, no deberá existir.

Reconocer dentro de la doctrina cristiana un jefe, y un jefe que sea infalible, y sobre infalible poderoso, y rey temporal y eterno por añadidura, es contrario á todos los preceptos

del Evangelio y á todas las teorías de los sabios más caracterizados en el presente y aun el pasado siglo.

Contra tales pretensiones se levanta la opinión del mundo entero, y de un extremo á otro de la tierra se oye una protesta unánime contra el Papado, una protesta espontánea que habla más alto que la votación de los congregados en el Concilio ecuménico.

Así lo reconocen los sabios distinguidos, y la prensa más ilustrada viene haciendo una campaña gloriosísima en este sentido. Por su parte el clero resiste altivamente, y escudados en sus antiguos derechos, invocan la maldición de Dios para los que se rebelan contra los acuerdos del Concilio. *La Esperanza*, órgano en España de la política clerical de Roma, decía á propósito de los artículos de ciertos periódicos que aceptan la reforma:

«Los católicos de hoy tenemos una palabra poderosa con que arrancar máscaras á Satanás, cuando se nos presenta en hábito de periodista católico. Echadle á la cara la palabra *Papa*. Ese santo vocablo le abrasa la piel, como al diablo le quema el agua bendita.»

Y efectivamente; ese *santo* vocablo abrasa la piel cuando se recuerda que Bonifacio VIII compró el poder á precio de un crimen; ese *santo* vocablo abrasa la piel cuando se recuerda que un Sixto IV fué *sodomita* y avaro; que un Inocencio VIII fué *padre de la patria*, á causa de los numerosos hijos que se le conocían; que un Alejandro VI tuvo cinco hijos naturales antes de ser Papa, y murió después á causa del delito de *incesto*; que un Juan XXIII fué asesino y bandolero, y que un Pío IX mandó decapitar á Montti y Tognetti.

La memoria de estos Papas son los puntos negros que lucen en la historia del pontificado, que tan perfectamente retrata la personalidad de los pontífices y la dominación de Roma durante la preponderancia de la Iglesia católica, y muy especialmente en estos tiempos que corremos, al aparecer un Pío IX que desafía al mundo civilizado cuando dice: «Estoy cansado de ver todo lo que pasa á mi alrededor, pero no estoy dispuesto á rendir las armas». ¡Bella expresión que le hace aparecer ante los ojos del mundo moral y cristiano como un sargento de la veterana, más bien que como un padre de la Iglesia católica!

Está suficientemente juzgado Pío IX con ese último rasgo de humildad cristiana.

NICOLÁS DIAZ Y PÉREZ.

## A CERVANTES

### RECUERDO

Reine silencio absoluto  
Musa mía en tu mansión,  
Rindiendo al dolor tributo  
Emblema triste del luto  
Que llevo en el corazón.

No inspires fúnebre canto  
De siempreviva y laurel  
Coronas deseo, y llanto  
Para El Manco de Lepanto,  
Para el cautivo de Argel.

Su fantasía escaló  
El trono de lo ideal,  
Y en él sin rival reinó,  
Que quien tan alto llegó  
No puede tener rival.

Del arte con el imperio  
Soñó un libro sin segundo,  
Y en un triste cautiverio  
Logró crear un misterio  
Para admiración del mundo.

Su incomprensible talento  
Al libro dió extraño mote,  
Y rompió para tormento  
El molde del pensamiento  
En que se forjó el *Quijote*.

Bajo un prisma imaginario  
Nos presenta el mundo real  
Y el mundo del visionario,  
Mundos sin itinerario  
Donde se pierde el mortal.

No descifraré, aunque lucho  
Esa leyenda encantada;  
Doquiera decir escucho:  
«Dice para el sabio mucho,  
Para el ignorante, nada».

Con pensamientos gigantes  
Y la ironía en el labio,  
Logra despertar Cervantes  
La risa, en los ignorantes,  
Admiración en el sabio.

Ese velo misterioso  
Del poema indescifrable,  
Libro sublime, grandioso  
Es del genio portentoso  
El sello infalsificable.

Su siglo logró abatirle,  
La desgracia encarcelarle,  
La religión redimirle,  
La humanidad bendecirle,  
¡La historia inmortalizarle!

JOSÉ ALVAREZ SIERRA.

## EL ARCHIPIÉLAGO FILIPINO

Si, como en nuestro anterior artículo hemos visto, el suelo filipino es riquísimo en sus minerales, no es ciertamente en su reino vegetal menos afortunado.

Podría serlo mucho más, indudablemente, si se mirara con más cariño aquel suelo y se llevaran á él los poderosos auxiliares que la civilización ha prestado al trabajo.

La agricultura, por lo general, se encuentra aún en Filipinas en un estado atrasadísimo, y sin embargo, ¡cuán ricos productos se obtienen!

El arroz, que es una de sus principales riquezas, es tan abundante y superior, que años ha habido de prestar un interés de 160 por 100, cifra que por sí sola expresa elocuentemente la importancia de esta semilla.

Hay varias clases de arroz, y se clasifican según que sean del llano ó de las montañas, contándose como más superiores el *guiriri*, el *guinarayon* y el *reomero*, al que los naturales de *Biñan* llaman *señores arroces*.

El cultivo del arroz de la montaña es ajeno á todos los adelantos de la agricultura; después de las primeras lluvias, muchos moradores de estos terrenos y todos los salvajes quemaban las plantas que espontáneamente crecieran para que les sirva de abono, y proceden inmediatamente á la siembra, que efectúan haciendo con un palo agujeros en el suelo, en los que depositan el grano.

En los llanos se procede con más práctica, si bien no tanta como fuera de desear.

En Junio, cuando cubierto se halla el suelo de limo, se echa el arroz, formándose de este modo el criadero, de donde más tarde sacan las plantas para ponerlas en buenas condiciones.

La cosecha se recoleciona en Noviembre. Estas faenas son de las más agradables para el indio; primero, porque es uno de sus mayores placeres estar en el agua, y después, porque siendo este producto uno de los primeros elementos de su existencia, más que trabajo consideran una fiesta la recolección.

Cuando á la primera cosecha no sigue la plantación del maíz ó la caña de azúcar, suelen recogerse dos cosechas.

El arroz con cáscara, *palay*, se vende aproximadamente á doce reales el *caban* (medida del país, equivalente á 133 libras) y limpio, sobre uno y medio pesos.

Compra el indio del primero y cuando lo dedica á hacer el *canin* ó *morisqueta*, que es el arroz cocido con agua y constituye su pan,

lo limpia convenientemente, pero sin limpiar se dedica á la alimentación de los caballos.

Además de ser, como se ve, un gran elemento para el consumo, el arroz es una de las primeras fuentes de su riqueza comercial, por la gran exportación que de él se hace, particularmente para China, donde alcanza buen precio, viéndose gran número de barcos fletados de esta semilla subir el río de *Canton* hasta *Whampoa*.

En los extensos llanos enclavados entre el *Pasig* y *Mariquina*, se cría el arroz *macan*, y el *mangara*, de grano más duro y grueso, en las laderas de los montes.

La caña de azúcar, que es otra de las ricas producciones del suelo filipino, se planta en la primavera, con objeto de que al llegar la época de lluvias estén las cañas suficientemente crecidas.

Se divide también en dos clases, verde y roja.

La extracción se hace, aplastando la caña en un molino de piedra y recojiendo el zumo en una basija de metal.

Sin embargo de la gran abundancia no hay fábricas de refino, de modo que en la gran exportación que especialmente para Nueva Holanda se hace, pierde mucho del valor que debería tener, si en vez de ofrecerla virgen, se presentara al mercado ya preparada.

Son buenos, pero tienen fama entre todos, los que se dan en *Pampanga Laguna* y *Bulacan*, teniéndose como más inferiores los de *Iloilo* y *Cebu*.

El cacao se siembra de Noviembre á Enero en terreno algo arcilloso.

Abunda en las islas de *Bohol*, *Misamis*, *Caraga*, *Laguna*, *Pangasinan* y *Leyte*; pero donde más importancia tiene es en *Negros*, *Samar* y *Cebu*, considerándose justamente el de este último punto tan superior como el de Caracas.

El de isla de *Negros*, cuya producción es espontánea, así como el de las montañas de los igorotes y negritos, puede competir sin dificultad con los de *Ternate* y *Manado*.

En los mismos corrales de los caseríos se produce el cacao, de donde se deduce que nada de difícil ni delicado tiene su cultivo, siendo por tal motivo extraño que no se extienda y se fomente.

Cuando los viajes de la India á Europa se hacían por el cabo de Buena Esperanza se tomaba como pretexto, para dejar de importar el cacao filipino en España, lo dilatado del viaje, pero no existiendo hoy aquella contrariedad, habiéndose abreviado en más de dos terceras partes el viaje, y siendo grande la circulación de vapores entre ambos puntos mencionados, no nos podemos dar una explicación lógica de por qué tenemos en tan punible abandono el cacao de nuestras provincias indianas.

Lo mismo podemos decir del café; no comprendemos por qué no es sino el primero, uno de los primeros productos, y por qué no sólo en España, sino en Europa, no se extiende su consumo, toda vez que en las provincias de *Tayabas* y *Laguna*, se recoge tan bueno como el de *Java* y *La Martinica* y el de *Silán*, puede, casi con ventajas, competir con el *Moka*.

Podría ser inmensa la riqueza que al país proporcionara, toda vez que se ve es de superior calidad y es su suelo tan á propósito para el cultivo que en muchos puntos medra espontáneo, habiendo gran número de pueblos donde no hay casa que no tenga un cercado de este precioso producto, y es tanto, que allí donde arrastrado por el viento cae un grano, surge vigorosa una planta.

No ha faltado quien haya mirado con cariño este asunto, pero poco práctico, toda vez que la sociedad económica, autorizada por el gobierno, ofreció primas de 8.000 duros á cuantos plantaron 60.000 pies, sin que hallara eco este incentivo mas que en tres propietarios.

Nosotros creemos que la sociedad hubiera hecho mejor en establecer por su cuenta colonias productoras, y haber explotado esta riqueza, habiendo de este modo conseguido, además del interés de los rendimientos, la

aclimatación vigorosa de este cultivo y el estímulo entre los productores particulares.

Se cría en Filipinas una especie de cañamo llamado *abaca*, á que dedican muy particular atención, bien es verdad, que de él hay gran demanda y proporciona por consiguiente notables rendimientos.

Esta especie de cañamo se planta por estacas, dándosele, además de su aplicación productiva, la de proteger de los ardientes rayos de sol al cacao.

Cuando se tiñe de negro su corteza, que es á los tres años, se corta á tiras, se carda y se pone al sol, cuidando que no se moje; se sacude bien después, se lava y pone nuevamente á secar.

A partir de esta época, todos los meses se separan las fibras, siguiendo la extracción del producto por espacio de dos á cuatro años, del mismo arbusto.

Es muy general su cultivo y es señalado, por su superioridad, el de *Albay*.

Como dejamos dicho, es grande la demanda su exportación es notable y su valor aumenta de día en día, yendo mucho á Norte-América.

El añil, aunque no en la proporción que fuera de desear, se encuentra en Filipinas el más superior de cualquiera otra región del globo, particularmente en las provincias de *Ilocos* y *Pangasinan*, donde se obtienen los mejores, creciendo en las de *Pampanga*, *Bataan*, *Laguna*, *Zayabar* y *Camarines*, á pesar de ser su suelo húmedo, y por consiguiente, contrario á la producción.

Poco es el trigo que da el suelo indiano, y si da algo, no podemos transigir con que sea poco, con que siendo su suelo á propósito para su cultivo, haya que acudir para las necesidades del consumo á las plazas indo-chinas y americanas.

Ninguna noticia tenemos de que se haya intentado la aclimatación de la cebada en aquel país; si no se ha hecho, tenemos otro punto en qué fundar nuestras protestas por el abandono en que aquella hermosa región se tiene. La cebada, además de su importancia, tendría en Filipinas la no menos digna de tomarse en consideración, de que contando con ella, podían establecerse fábricas de cerveza, allá, donde el consumo de esta bebida, podemos asegurar sin exageración, que se eleva diariamente á algunos cientos de miles de botellas.

Y vamos á tratar del capital asunto de la riqueza del Archipiélago.

El tabaco.  
(Continuará.)

R. ORTÍZ Y BENEYTO.

## BIBLIOGRAFIA

Muchas son las obligaciones que tenemos con nuestra conciencia en esta materia, y pudieran empezar á ser algunos los remordimientos de retrasos, en gran parte involuntarios, que origina la falta de espacio, si no diésemos de lado á otros materiales para empotrar, sea como fuere, estos sumarios apuntes.

\*\*

DERECHO CÓMICO-CONYUGAL, (cuarta edición), por D. Constantino Gil.—Tal es el título de la primera obra con que tropezamos en nuestra mesa, obra muy conocida de los amantes de la bella literatura, de uso provechoso é indispensable antes de la boda, en la boda, y sobre todo, después de la boda, corregida y aumentada esta cuarta edición con las leyes de Toro.

¿De qué trata el libro del regocijado escritor Constantino Gil? De todo nuestro derecho adaptado con chispeante gracia y sin igual donaire al matrimonio, constituyendo por tan original manera una especie de Código con sus leyes de Partida, Novísima recopilación y aumentado en esta última edición con un delicioso capítulo que trata de las Leyes de Toro.

La obra es sobrado conocida para que requiera en estos momentos nuevo elogio de sus méritos.

Los escritos de Constantino Gil tienen el privilegio, amén de otros monopolios provechosos, de recordarnos que nuestra lengua es la de Cervantes, y no la jerga estúpida, aunque pretenciosa, del folletín afrancesado. ¡Qué riqueza de estilo! ¡Qué gala de frases! ¡Qué manera tan admirable de narrar aquellos capítulos que encierran en su seno toda la chispeante gracia de Quevedo, y en que su autor, al par que recrea, encanta y seduce nuestro ánimo nos hace pensar, á pesar de lo festivo de su estilo, en cosas tan serias como los inconvenientes que ofrece el matrimonio!

El *Derecho cómico-conyugal* es un libro verdaderamente delicioso, que deben saborear todos cuantos se precien de tener buen gusto literario, escrito de incomparable manera en estilo ligero, al propio tiempo que castizo. Hay en este libro capítulos tan bellos é interesantes como los *Del matrimonio*, *Requisitos que preceden al matrimonio*, *De las amonestaciones*, *De los esponsales*, *Disolución del matrimonio*, *Del usufructo*, *de la institución de herederos* y *De las leyes de Toro*, y en estos capítulos se contienen paisajes deliciosamente descritos en un estilo sencillo que no cansa, ligero las más veces, profundo á lo mejor, y siempre adecuado al asunto en cuya consideración se emplea. Si el Sr. Gil no tuviera su reputación formada, este libro encantador se la haría en muy poco tiempo.

La prensa unánime le ha saludado con sus elogios.

A la unanimidad desinteresada de ese juicio me amparo yo, para que no creáis hijos de la amistad los aplausos que desde estas columnas le envío.

\*\*

RESEÑA HISTÓRICA DE LA REAL ACADEMIA DE JURISPRUDENCIA Y LEGISLACIÓN, por D. José Maluquer y Salvador.—Hace ya algún tiempo que tenemos sobre la mesa, acusándonos muda pero justamente de nuestro rezago, el interesante libro de que nos ocupamos, obra del joven doctor, académico y profesor, y vicepresidente de la sección de Derecho civil, mercantil y penal de la citada Academia.

Propúsose el Sr. Maluquer trazar la historia de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación; es decir, sus orígenes, desenvolvimiento, representación que tiene en la actualidad y porvenir de la misma y puede estar satisfecho, pues ha conseguido realizar su empeño de una manera tan brillante como concienzuda.

La obra del Sr. Maluquer se recomienda por su método, concisión y claridad al exponer tanto el organismo de la Academia como su movimiento científico.

Indicaremos brevemente el plan de la obra. Comienza por una introducción dedicada no sólo á establecer cual es el objetivo de la Academia, á indicar su objeto y reseñar su estado actual, sino á trazar en algunas páginas, admirablemente escritas, su historia y vicisitudes. Después divide su importantísimo trabajo en dos partes: una dedicada al estudio de la *organización* de la Academia y otra al de su *movimiento científico*.

En la primera parte estudia con un criterio eminentemente imparcial los estatutos y constituciones de la Academia, regla de su vida, de su dirección, y por lo tanto, de las juntas de gobierno y generales y de todos los cargos, desde el más elevado á los más modestos. En la sección histórica examina las condiciones de los elegidos para ocupar dichos puestos y los servicios que en ellos prestaron.

En la segunda parte se ocupa del fin de la Academia, estudiando las sesiones de todas clases, teóricas y prácticas, públicas y de secciones. Después analiza las enseñanzas jurídicas, tanto las que ofrece en sus cátedras como en sus conferencias; de las publicaciones que, dando á conocer su movimiento científico, contribuyen á la cultura jurídica de nuestra patria, y por último, de su bien organizada biblioteca.

Tal es en resumen el contenido del libro dado á la estampa por el joven jurisconsulto Sr. Maluquer, y del que por la rápida enumeración de materias que acabamos de hacer, habrá, sin embargo, podido venirse en conocimiento de su importancia y de lo completo y acabado del estudio, realizado con tanta erudición como talento por su joven autor.

Tiene el Sr. Maluquer el instinto certero del escritor y la erudición de un hombre encanecido en el estudio de la ciencia del derecho. Sabe recopilar datos con admirable método y disponerlos con tan

delicado arte, que lleva el convencimiento al ánimo de quien le lee. Primera y la más envidiable cualidad de todo publicista consagrado á esos estudios, dígame lo que se quiera.

Trabaje con el ahínco que ha demostrado en esta obra el joven Sr. Maluquer, no desmaye con los contratiempos y en su día recogerá el lauro que merecen su aplicación y su talento.

ANTONIO GUERRA Y ALARCÓN.

## EL CAPITAN HARVEY

EPISODIO HISTÓRICO

En la noche del 17 de Marzo de 1870, el *Normandy* hacía su travesía habitual de Southampton á Guernesey. Una espesa bruma cubría el mar. El capitán Harvey estaba de pie en la casilla del steamer y maniobraba con precaución á causa de la noche y de la niebla.

El *Normandy* era un gran buque, el más hermoso quizá de la marina de la Mancha; 600 toneladas, 120 pies ingleses de largo y 25 de ancho. Era joven, como dicen los marinos; tenía siete años y había sido construido en 1863.

El capitán Harvey era, sobre poco más ó menos, de la edad que contaba entonces el que escribe estas líneas; tenía patillas blancas, el rostro enérgico y la mirada franca y alegre.

La niebla espesaba, el buque había salido de la ría de Sheernees, estaba en plena mar y avanzaba lentamente.

Eran las cuatro de la mañana.

La oscuridad era absoluta; una especie de nube envolvía el vapor, y apenas se distinguían las puntas de los mástiles.

Nada tan terrible como estos navíos ciegos que avanzan en la noche.

De pronto una masa negra surgió de la bruma. Fantasmas y montañas, promontorio de sombra avanzando sobre la espuma y horadando las tinieblas. Era la *Mary*, gran buque de hélice procedente de Odessa y que llevaba rumbo á Gimsby, con cargamento de 100 toneladas de grano. Velocidad inmensa, peso enorme. La *Mary* avanza directamente sobre el *Normandy*.

Con tal velocidad se deslizan estos espectros de navíos en la niebla, que no hay medio de evitar el choque. Son encuentros sin aviso: antes que se acabe de verlos se ha muerto.

La *Mary*, lanzada á todo vapor, cogió al *Normandy* por un costado y le deshizo el casco.

La avería producida en ella por el choque la detuvo. Había en el *Normandy* 28 hombres de tripulación, una mujer de servicio y 21 pasajeros, entre los cuales se contaban 12 mujeres.

La sacudida fué espantosa. En un instante todos estuvieron en el puente, hombres, mujeres y niños, medio desnudos, corriendo, gritando, llorando. El agua entraba en el interior del buque con furia espantosa. El combustible de la máquina, apagado por el agua, agonizaba.

El navío no tenía mamparos insumergibles, los cinturones de salvación faltaban.

El capitán Harvey, de pie sobre la toldilla, gritó:

—¡Silencio y atención! ¡Los botes al agua! Las mujeres primero, los pasajeros en seguida... la tripulación después. Hay 60 personas que salvar.

Eran 61, pero se olvidaba de sí.

Los botes fueron echados al agua. Todos se precipitaron á ellos. Aquella precipitación podía hacerlos zozobrar.

Ockelesford, el lugarteniente y los tres contramaestres Goodwin, Bennett y Wes, contuvieron aquella multitud frenética de horror. Dormir y despertar para morir, es espantoso.

Sin embargo, por encima de aquellos gritos y de aquel ruido se oía la voz tranquila del capitán, y este breve diálogo se cruzaba en las tinieblas:

—¡Maquinista Loks!  
 —¡Capitán!  
 —¿Cómo está la caldera?  
 —Inundada.  
 —¿Y el fuego?  
 —Apagado.  
 —¿Y la máquina?  
 —Muerta.  
 El capitán gritó:  
 —¡Lugarteniente Ockleford!  
 —Presente—respondió el interpelado.  
 —¿Con cuántos minutos contamos?  
 —Con veinte.  
 —¡Basta!—dijo el capitán.—Que cada cual se embarque por su turno. Teniente Ockleford, ¿tenéis pistolas?  
 —Sí—contestó.  
 —Saltad el craneo á todo hombre que quiera pasar antes que una mujer.  
 Todos callaron. Nadie se resistió. La multitud sentíase anonadada por la grandeza de aquella alma.

La *Mary*, á su vez, había votado sus lanchas al mar y acudía al socorro de los naufragos.

El embarque se operó con orden y casi sin lucha. Hubo, como siempre, tristes egoísmos; pero también, como siempre, patéticos rasgos de interés.

Harvey, impassible en su puesto de capitán, mandaba, dominaba, dirigía, se ocupaba de todo y de todos, gobernaba con calma aquella angustia y parecía dar órdenes á la catástrofe. Se hubiera dicho que el naufragio le obedecía.

A cierto tiempo gritó:

—¡Sálvate, Clemente!

Clemente era el grumete: un niño.

El buque se sumergía ya en la profundidad de las aguas.

El transporte del *Normandy* á la *Mary* se hacía cada vez con mayor rapidez.

—¡Apresúrate!—murmuró el capitán.

Al espirar los veinte minutos, el vapor se eclipsó.

La proa se hundió poco á poco, después la popa.

El capitán Harvey, de pie sobre la toldilla, no hizo un gesto, no pronunció una sola palabra, y se sumergió en el abismo.

Sólo se vió á través de la bruma la siniestra sombra del buque perderse para siempre entre las olas.

Tal fué el trágico fin del capitán Harvey.

Que desde el cielo reciba el adiós del que en una ocasión solemne obtuvo hospitalidad en el buque que le sirvió de tumba. Ningún marino de la Mancha le igualaba en grandeza. Después de haberse impuesto toda su vida el deber de ser un hombre, usó al morir el derecho de ser un héroe.

VICTOR HUGO.

## OTELO Y DESDEMONA

### I

Ernestina era una joven hermosísima; sus cabellos eran negros y rizados, ondulates cual las ondas de aquellas negras lagunas que vió el Dante en sus terroríficas visiones; sus ojos eran azules, azules como el cielo que se extendía sobre la frente de Petrarca cuando invocaba á su Lanza, adormecido al pie de la murmuradora fuente de Vanclussa; era, en fin, un ser divino, un ser envidia del ángel Elohat, envidia de esos luceros que, rodando en el vacío, van marcando con su marcha silenciosa la existencia de los mortales.

En el momento en que la presentamos á nuestros lectores se halla muellemente reclinada en el sillón de una platea de un teatro principal.

Ernestina tenía un alma sentimental; un alma amante de lo grande y de lo bello; delicada como los pétalos de las flores, como un suspiro.

Aquella noche debutaba un joven llamado Alberto; ponían *Otelo*, esa gigantesca creación del bardo inglés; ese drama titánico, asombro de las generaciones, y la joven tenía fijos los ojos en el escenario; la magnífica versificación, el brillante y ma-

gistra colorido de los cuadros, la enloquecían, la subyugaban; pero más que todo esto llamaba la atención de Ernestina la arrogante figura de Alberto, que desempeñaba á la maravilla el grandioso papel del mozo enamorado y valiente.

Desde que el telón, esa sencilla valla que se levanta para mostrar un mundo á otro mundo, se corría, la hermosa joven escuchaba palpitante de emoción aquellas frases, que parecían resonar en la tumba del genio sin atender á la concurrencia que bullía á su alrededor... el arte subyugaba al alma, ¿qué importa el mundo á su lado?

Cuando llegó el momento en que Otelo estrecha entre sus crispadas manos el niveo cuello de Desdémona, Ernestina dió un grito y se levantó horrorizada.

—¡Bravo! ¡bravo!—exclamaba el público con frenético entusiasmo, arrojando multitud de coronas á las plantas del inspirado artista.

—¡Vamos, mamá!—dijo Ernestina, temblando y sacando del palco á su madre, que no acertaba á comprender la repentina sensación que había causado en la joven el final de la tragedia.

### II

Por una de esas coincidencias tan comunes y á veces tan fatales de la vida, Alberto y Ernestina se conocieron y se amaron.

¿Dónde fué? en un salón; ¿qué se dijeron? Lo de siempre; frases que resuenan al oído con mágica armonía, frases que se asemejan al perfume de las flores porque se evaporan; á los trinos de las aves porque extasían.

Alberto y Ernestina se amaron; el amor de Alberto era graude como lo infinito, ardiente como la lava de un volcán, impetuosa como el rudo vendabal, como la ola enfurecida que traspasa rugiendo el límite de arena que Dios la señaló; Ernestina le amaba como aman los ángeles, como aman las flores al sol, como ama la onda al rayo de luna que la besa.

Ambos se casaron.

Ernestina se dedicó también á la escena ávida de compartir con su esposo los triunfantes laureles del arte y el público la recibió con entusiasmo, con verdadero delirio.

### III

—Nada; lo dicho, querido; Ernestina es uoa mujer encantadora y Alberto es indigno de ella.

—¡Já, já, já!

—¡Cuán sandios sois! ¿De que os reís? vamos á ver.

—¡De tu cómica gravedad!

—Decid lo que queráis; voy á intentar otra vez probar fortuna; ya sabéis que no hay mujer que me resista dos días.

—Pretensiones tuyas, querido, pretensiones y nada más.

—¿Pretensiones, eh? Sois unos necios; ¿cuánto apostáis á que Ernestina ha de ser mía?

—¿Qué apostamos?... ¡Un banquete!

—Sea; he de tener muy pronto pruebas tuyas ó he de merecer vuestro desprecio.

—¡Aceptado! mas es preciso fijar un plazo...

—Dentro de quince días se pone *Otelo*; ese día ha de ser el de mi triunfo ó el de mi derrota.

—¡Bravísimo! vas á estar admirable en tu papel de Yago.

—¡El amor ó la muerte!—exclama Ricardo—con una entonación cómico-romántica, tomando un cigarrillo y saliendo del corrillo de sus amigos.

—¡Ricardo siempre está de buen humor!

—Veremos en qué pára esta aventura.

—Mucho me temo que tenga un desenlace fatal.

—¿Y por qué?

—Porque Alberto es más celoso que el gran turco y los corazones llenos de amor se asemejan á los volcanes; cuando menos se piensa estallan.

### IV

Sentada frente á una mesa donde se veían esparcidos algunos papeles, estaba la bella Ernestina como preocupada por las ideas que bullían en su mente.

Más allá, sentado en un sillón junto á la chimenea, estaba Alberto, hojeando un cuaderno; era el *Otelo* que debía ponerse en escena muy en breve y en el cual Ernestina desempeñaría el interesante papel de Desdémona.

—Alberto—dijo Ernestina—ya me sé mejor el papel que ayer. ¿Quieres ensayarme?

—Más tarde, querida mía; en este momento tengo que ir al teatro para arreglar ciertas cosas que faltan entre los actores y las actrices.

—Como quieras.

Alberto se levantó, soltó el cuaderno, dió un beso á Ernestina, y tomando su sombrero y su bastón, salió sonriendo de aquella estancia en que dejaba el alma, el pensamiento.

Apenas había salido Alberto, entró en el gabinete la doncella de Ernestina, que acercándose á ella, dijo á media voz:

—Señorita...

—¿Qué quieres?

—Es que...—dijo sacando una carta.

—¡Otra carta! ¡Ese hombre es insoportable! ¿Por que las admities?... ¿cuánto te vale cada carta?

—Señorita... yo... pero es el caso que el señorito Ricardo me ha dicho que es la última...

—¡Venga!—exclamó Ernestina tomando la carta y leyéndola.

Apenas había terminado, la indignación se pintó en su rostro y tomando la pluma escribió precipitadamente; á medida que avanzaba, sus hermosos ojos centelleaban, su mano temblaba y de su pecho se escapaba de vez en cuando un gemido, por fin cerró la carta y se la entregó á la doncella diciendo:

—Carlota, te prohibo terminantemente que vuelvas á admitir carta alguna de Ricardo... si te atreves á traerme otra te despido; si me obedeces doblarás las propinas... toma, ve á entregarle esta respuesta.

Carlota salió murmurando:

—Bien, bien, las señoritas que no tienen *lios* me cansan.

Ernestina se sentó junto á la chimenea y permaneció un momento con la frente apoyada en las manos; después se levantó, y tomando del cajón de una mesa un paquetito de papel, volvió á sentarse junto á la chimenea murmurando:

—Yo debí haber enseñado á Alberto estas cartas: yo debí decirle que su amigo es un infame, pero por no darle un disgusto... por no despertar en su pecho la duda... ¡oh! hice mal, muy mal, Ricardo es un malvado y... sí, debo devolverle todas...—Ernestina al decir esto, hizo un ligero movimiento y el paquete de cartas rodó al fuego... la joven dió un grito, se avalanzó á la chimenea, pero ya era tarde; las llamas habían consumido el paquete.

Empezaba á oscurecer; Ernestina tuvo miedo, mucho miedo y tiró convulsivamente del cordón de la campanilla.

Carlota apareció en la puerta.

Ernestina la dijo con tembloroso acento:

—Ven, ayúdame á vestir.

### V

—¡Já! ¡jál! ¡jál! aún no ha llegado el día fijado y ya te ha dado calabazas... ¡Bravo, Ricardo, bravo!

—Yo os juro, amigos míos, que Ernestina ha de ser mía; mía, ¿lo entendéis?

—Vamos, vamos, querido, prepara el banquete y ten paciencia.

—Este desaire me ha herido el amor propio.

—Ten cuidado, querido, que Alberto sabe á la maravilla rajár á un prójimo de un sablazo.

—¿Creéis que le temo, por ventura?

—Ya sabemos que eres valiente, pero...

—No hay pero que valga; Ernestina ha de ser mía.

—¡Mucho ojo, Ricardo!

—Lo mejor será el banquete.

—Yo aplazo la celebración del festín hasta después de la representación de *Otelo*; si entonces no triunfo, tenéis derecho á apalearme.

—¡Bravísimo! ¡bravísimo!

### VI

*Otelo* anunciaban pomposamente los carteles, y el público sostenía frente á la taquilla una verdadera batalla para conquistar á peso de oro las localidades.

Ricardo no había vuelto á importunar con sus declaraciones amorosas á Ernestina, y Alberto estaba muy contento al pensar que aquella noche le esperaba una ovación.

En la vida del artista hay muy pocas realidades, todas son ilusiones, placeres sueños.

Llegó la noche; Alberto y Ernestina se dirigieron al teatro, el cual, á pesar de ser muy temprano, es-



taba casi lleno; tal era el entusiasmo con que el público, monstruo á veces de crueldad, recibía las representaciones de la colosal tragedia.

Ricardo saludó muy afablemente á los esposos, y sostuvo con ellos una larga y animada conversación, hasta que Alberto dijo:

—Ea, señores, á vestirse, á vestirse.

Cada cual se encerró en su cuarto, en tanto que el público, á manera de bandada de gorriones, caía afanoso sobre sus asientos.

Ernestina empezó su tocado.

Alberto la contemplaba, diciéndola de vez en cuando:

—¡Estás hermosísima! Nunca pudo Shakespeare concebir una mujer tan bella. ¿Qué son á tu lado Ofelia, Jérsica, Cordelia, Desdémona y Porcia?

—Zalamero...—decía sonriendo la joven.

La orquesta preludió la sinfonía, y pronto los ámbitos del teatro se llenaron de notas tiernas y dulcísimas, graves y magistrales.

Sonó la campana; el público aplaudió; cesó la sinfonía y se levantó el telón en medio de un silencio sepulcral.

—Cuando Ernestina y Alberto aparecieron en escena fueron saludados con una nutrida y prolongada salva de aplausos.

Ricardo, encargado de desempeñar el papel de Yago, decía á uno de sus amigos, al que representaba á Brabancio:

—Querido... ¡mi triunfo es seguro!

—¿Qué piensas?

—Ya lo verás.

—¡Mucho ojo!

Yago.—¡Ya he encontrado el medio! ¡Ya voy engendrando mi plan! ¡El infierno le dará luz para salir! (1).

## VII

Al final del segundo acto, mientras Alberto era rodeado por sus amigos que le felicitaban á porfía, Ernestina se retiró á su cuarto.

Ricardo la seguía.

La joven cayó sobre uno de los divanes murmurando:

—Ese hombre me hostiga sin cesar con su mirada; debo decirselo á Alberto... pero no... aquí no; porque sería un escándalo.

Ricardo entró cerrando la puerta.

Ernestina dió un grito de espanto y se levantó.

Ricardo se arrodilló á sus plantas diciendo:

—¡Ernestina, por piedad!

—¡Ricardo!

—¡Yo amo á V. con locura!... ¡Yo sin V., Ernestina, no puedo vivir!... ¡Quiérame V.! ¡Tenga piedad de mí!

—¡Jamás!

—Ernestina...

—¡Eso sería una monstruosidad!

—¡Ah!...

—Salga V., Ricardo, y no me obligue á dar un escándalo.

—¿Se obstina V. en no corresponder á mi pasión?

—¡Jamás!... ¡Salga V. sin dilación!... ¡Pronto!

Tal era el acento de Ernestina, que Ricardo, temblando de coraje, se levantó y salió murmurando:

—¡Me desprecias!... ¡Está bien!... ¡Yo me vengaré!...

## VIII

Alberto entró á ver á Ernestina.

La joven nada le dijo, se lo reservaba para cuando nadie pudiera oírlos.

Comenzó el tercer acto.

Llegó la escena en que Yago dice á Otelo que le es infiel su Desdémona querida.

El infame Ricardo dijo en voz baja á Alberto que Ernestina le era infiel; que él la había visto hacía un instante en brazos de un hombre... Alberto dió un grito, un rugido espantoso... parecía que el teatro se le venía encima, en tanto que Ricardo le contemplaba con feroz sonrisa de infernal complacencia y el público gritaba delirante:

—¡Bravo! ¡bravo!

—«Mira, Yago; con mi aliento arrojo para siempre mi amor... ¡Sal de tu caverna, horrible venganza! Amor ¡ruidete al monstruo del odio! ¡pecho mío llénate de víboras!»—exclamaba Alberto en el colmo de la exasperación en tanto que caían á sus pies in-

finidad de coronas... Alberto las veía caer con estúpida mirada; creía que aquello no eran coronas, que aquello eran piedras que le arrojaba el mundo sabedor de su baldón.

## IX

El público calla; están en escena Otelo y Desdémona; es decir, Alberto y Ernestina.

Desdémona.—¿Qué mandáis, señor?

Otelo.—Ven, amada mía.

Desdémona.—¿Qué quieres?

Otelo.—Verte los ojos. Mírame á la cara.

Desdémona.—(Muy bajo.) ¡Alberto!... ¡Alberto!... ese acento... ¿Que horrible sospecha?... te lo suplico de rodillas. ¿Qué pensamientos son los tuyos, Otelo mío? (Al esposo.)

Alberto, ¿puedes creer en esa infamia? no te entiendo, pero pareces loco furioso.

Otelo.—¿Y tú qué eres?

Desdémona.—Tu fiel esposa.

Otelo.—Si lo juras te condenas eternamente, aunque puede que el demonio, al ver tu rostro de ángel dude en apoderarse de tí. Vuelve, vuelve á condenarte; júrame que eres mujer de bien.

Desdémona.—Dios lo sabe.

Otelo.—Dios sabe que eres tan falsa como el infierno.

Desdémona.—¿Falsa yo? ¿Con quién? ¿Por qué, esposo mío? ¿Yo falsa? ¡Alberto, me aniquila tu mirada!... Yo te contaré...

Otelo.—¡Lejos, lejos de aquí, Desdémona!

Desdémona.—¡Día infausto! ¿Por qué lloras, amado mío? ¿Soy yo la causa de tus lágrimas?

Siguió la representación.

Alberto estaba ciego de ira; era el Otelo real.

Ernestina temblaba de espanto.

Ricardo sonreía sátnicamente.

El público aplaudía y aplaudía sin saber que estaba presenciando una verdadera tragedia; no una ficción trágica.

Llegó el desenlace.

Cuando Otelo se acerca sombrío y terrible al lecho nupcial para contemplar por última vez el rostro del ángel de sus amores, Ernestina lanzó un gemido y perdió el conocimiento.

Otelo se acercó al lecho como un monstruo... sus ojos echaban rayos... sus labios temblaban de ira cubiertos por sanguinolentos espumarajos... extendió el brazo... se oyó un grito horrible y desgarrador...

¡Alberto había matado á su esposa!

Como el grito lanzado por Ernestina al descender de la realidad á la nada fué tan indescriptible, el público respondió con otro de espanto; salió atropelladamente á la escena la gente de bastidores; se acercaron al lecho; era un cadáver el que había en él.

Alberto rugía con furia diciendo confusamente:

—¡Esta muerta!... ¡la he matado yo!... me era infiel!...

El tumulto, el pánico del público fué indescriptible... se levantó en masa... se atropellaron. ¡Todos á porfía hufan de aquel sitio de horror!

Ricardo cayó á las plantas de Alberto confesándole su maldad... Quisieron separarlos. ¡Imposible! Alberto era un león sediento de sangre, un monstruo de furor.

—¡Tú!—gritó con ronco acento.—¡Tú!—y echándose sobre él como una pantera, cayeron bañados en sangre sobre los atriles de la orquesta.

Cuando se acercaron á levantarlos ya era tarde.

Ambos habían muerto (1).

Madrid y Mayo de 1885.

MANUEL LORENZO D'AYOT.

## RITA LUNA

La reputación unánime de que fué objeto por parte de nuestros antepasados la célebre actriz, objeto hoy de nuestro estudio nos hace suponer que su mérito sería tan grande, cuan-

(1) Este artículo forma parte de una colección de ellos que, bajo el título de *Locuras*, tiene en preparación el autor.

to en la época en que vivió se necesitaba para formarse una entusiasta y general opinión.

¡Lástima que el artista escénico al morir no deje más recuerdo que el de su nombre, que se extingue con la memoria del que lo lleva, el aplauso que se apaga y las marchitas coronas de laurel que ciñeron su frente!

Gracias á que en nuestra época no se le considera ya como era considerado en otros tiempos en que se le tenía en España como un ser envilecido; su profesión se creía degradante, y no se le concedía ni aun el derecho de enterrarle en sagrado.

De aquellos tiempos á estos, el actor ha variado mucho; en nuestra época se le considera como lo que es, como un verdadero artista; pero á pesar de esta estimación es más desgraciado que todos los demás artistas. El pintor deja lienzos manchados con esas tintas maravillosas que robó á un rayo de sol, á las lágrimas de una nube ó á la hermosa figura de un personaje histórico que duerme entre los empolvados pergaminos de un códice. El poeta deja su alma y sus sueños entre las hojas de los libros, que se perpetuarán de generación en generación. El músico, el compositor—porque al simple ejecutante le ocurre lo propio que al actor—arroja para siempre sobre el pentagrama á esa multitud de puntitos negros que se llaman notas, y que al sólo movimiento de una *batuta* saltan sobre los violines, violoncellos y sobre los demás instrumentos de la orquesta, y suben y bajan, ya por las cuerdas, ya por las llaves, produciendo aquellas armonías que nacieron de las oscilaciones del alma del artista.

Sólo á estrellas como Rita Luna es dado hacer que los brillantes resplandores de su gloria viva siempre perenne en el corazón de los españoles amantes del arte escénico.

Nuestra insigne actriz tuvo la desgracia de brillar en una época en que la literatura yacía en el mayor grado de postración, por lo que sus esfuerzos tuvieron que ser inmensos para hacerse admirar en obras de escaso mérito como *La esclava del negro Ponto*, *La moscovita sensible* y *La viuda del malavar*.

Cuando Rita Luna pisó la escena española era muy joven, y sin embargo, en sus primeros pasos por ella supo eclipsar la memoria de las célebres María de Córdova (*Amarilis*), Antonia Granados (*Austranda*), María Riquelme, María Ladvenant, y sobre todo, la aureola de que se encontraba rodeada la célebre María del Rosario Fernández (*La Tirana*).

Rita Luna nació en Málaga el día 23 de Abril de 1769, siendo hija de D. Joaquín Alfonso de Luna, que aunque descendiente de una de las familias más ilustres de Aragón, ejercía con su esposa la profesión cómica.

Rita tenía dos hermanas, Andrea y Josefa, las cuales fueron también dedicadas al teatro por la falta de fortuna que les apuraba y por las buenas disposiciones artísticas que en ellas encontraron.

Rita mostró desde su infancia una gran vocación por el teatro.

Aprendía los versos y los recitaba con una desenvoltura asombrosa.

A la edad de diez años hizo en teatros cañeros algunas de las obras de nuestros dramáticos del siglo de oro.

En su diminuto cuerpo se albergaba el alma apasionada de una gran artista; su precoz imaginación era el asombro de cuantos la conocían; sus hermosas facciones se descomponían á su voluntad expresando los afectos de su alma, y sus negros ojos sabían transmitir, sin explicarnos el por qué el espanto, la ternura, el odio, la altivez, la compasión.

Rita era como el pájaro que canta en las movibles copas de los árboles, como la fuente que murmura entre el follaje, como la brisa que gime entre las frondas del bosque. Sus inapreciables dotes se las había concedido la Naturaleza, y como el pájaro, la fuente y la brisa, transmitía sus afectos sin comprenderlos.

En cuanto á la voz de Rita, era un portentoso, atendida su corta edad. Llena, argentina, melodiosa, penetraba en el corazón de cuantos la oían, aunque tuvieran empeño de cerrarle

(1) *Otelo*, final del acto primero.

la puerta. Era una voz que robaba las voluntades.

En el año de 1789 se presentó Rita por primera vez en la escena de Madrid, contando veinte años de edad, y esto fué en un teatro provisional establecido por un actor llamado Sebastián Briñoli, en el piso bajo de la casa número 20 de la calle del Barco (hoy 36). La causa de no haberse presentado en los teatros principales fué la de hallarse estos cerrados á la sazón por la muerte del rey Carlos III.

La nueva actriz alcanzó un éxito completo; brillante porvenir se abría ante su paso. Rita, embellecida por el placer que á toda alma entusiasta causan los aplausos, recibió las enhorabuenas de sus admiradores con la sonrisa de la modestia en los labios y la mirada de la gratitud en los ojos.

En 1790, una vez vistas sus buenas disposiciones para la escena, fué contratada para la compañía de los Reales Sitios, donde habiéndola escuchado el conde de Floridablanca, y apreciando su mérito, la mandó incorporar de segunda dama á la compañía de Martínez, que ocupaba á la sazón el teatro del Príncipe.

Allí se encontraba formando parte de la compañía, como primera dama, la famosa María del Rosario Fernández (*La Tirana*) y la Antonia Prado, que ambas disfrutaban por completo el favor del público.

Peligroso era para Rita presentarse á compartir los laurales con artistas tan queridas y que sabían agrandar al público, siempre difícil de conseguir por sus encontrados gustos.

Como quiera que el genio siempre se abre paso á través de los mayores obstáculos, Rita, animada por esta santa llama, se presentó con paso firme á representar, por vez primera, el papel de la sultana en *La esclava del negro Ponto*.

Tal fué el frenético entusiasmo que se apoderó del público al ver el acierto con que había desempeñado aquel papel, que, contra la costumbre, hizo que las representaciones de la obra durasen diez y nueve días consecutivos.

Rita tenía don de gentes; las simpatías del público hacia ella eran grandes; su cuarto, durante los entreactos, estaba siempre lleno de admiradores. Los poetas adivinaron á la gran actriz y le escribieron obras para hacer brillar sus facultades y su genio. Cada obra nueva que estrenaba Rita era un triunfo, una creación que añadía nuevos timbres al artista; la fama cogió su nombre y lo paseó con admiración por España.

Rita Luna llegó muy pronto á donde codician llegar todas las damas jóvenes: á primera actriz.

Las mujeres de teatro son generalmente codiciadas por la vanidad de los ricos. Muchos se complacen en decir: «Esa mujer que admiráis, que aplaudís; esa preciosidad femenina que os arrebató; esa mujer hermosa que con la misma soltura desempeña un papel de reina que de mendiga, es mi querida; su cuerpo y sus caricias son mías; me cuesta cara, pero qué importa si mi vanidad de millonario queda satisfecha.»

Rita Luna era hermosa, elegante, distinguida; tenía una conversación encantadora, llena de gracia, de viveza, de ingenio; los pretendientes la rodearon, la asediaron, la solicitaron, llegaron á hacerla brillantes proposiciones, pero el corazón de la actriz estaba cerrado para el amor, pertenecía solamente al arte, y sin ofender á los pretendientes con su claro talento iba matando poco á poco todas sus esperanzas.

De esta predilección, nacieron como era de esperar, las rivalidades entre las dos artistas *La Tirana* y *Rita Luna*. La primera trató de poner en juego todos los resortes para destruir aquella reputación naciente, aquel genio colosal que amenazaba confundirla y eclipsar sus glorias. Fingióse, pues, enferma, para obligar á Rita á representar todos los papeles en que ella solía brillar, sin previo estudio, ni preparación de ninguna clase.

Rita Luna, que desde antes de su primer triunfo había previsto cuanto podría sucederle en el caso de que el público la recibiera con

benevolencia, se había preparado y aprendido mucho de aquellas comedias, que la intriga de su rival la obligaban á ejecutar de pronto.

Así sucedió, que llegado el caso de suplir á la *Tirana*, puso en escena la comedia *Celos no ofenden al sol*, con tan buen éxito, que el entusiasmo del público llegó á un delirio hasta entonces desconocido.

No le pareció á la *Tirana* oportuno el medio que había adoptado, pues vió que la ganaba el campo Rita con mayor ventaja y decidió presentarse otra vez empezando con la comedia *La mujer vengativa*, circunstancia que hizo fijar la atención del público. Pero éste, que había visto algo que le decía más en la joven Luna, que lo que había venido viendo en su antiguo ídolo, la recibió con gran frialdad, desairándola de una manera tan notable, que no tuvo más remedio que ceder el campo á su triunfante rival.

Nuestra insigne cuanto celebrada artista, segura ya de su reputación, pasó al año siguiente al teatro de la Cruz, donde brillaba á a la sazón la Juana García; pero esta actriz, con más prudencia que la *Tirana*, no creyó conveniente empeñar una lucha en la que podría ser vencida, y decidió dejarla recorrer su gloriosa carrera, solicitando su retiro.

Entonces Rita Luna dió principio con la representación de *El desdén con el desdén*, aquella serie no interrumpida de triunfos que ilustraron su carrera escénica durante más de diez y seis años.

En 1806, en lo más vigoroso de su edad y de su talento, puso fin á su gloriosa carrera retirándose de las tablas, á pesar de las observaciones de personas respetables, de los ruegos de sus amigos, de las amplias y generosas ofertas del Ayuntamiento y del profundo sentimiento del público en general.

Mucho se ha hablado acerca de los motivos que impulsaron á la célebre actriz para separarse tan repentinamente de la escena: hay quien le atribuye á ciertas contestaciones que tuvo con el corregidor Marquina; otros con más fundamento, buscan la causa en un fondo de profunda melancolía que la dominaba, á causa de un malogrado amor; esto es más natural, atendida la sensibilidad exquisita y el fuego de aquella imaginación superior.

Obtenida su jubilación, permaneció en Madrid como cosa de dos años.

Instándola por aquella época el actor Manuel García Parra á presentarse de nuevo en la escena, le contestaba:—«Ya no debemos, amigo mío, exponer nuestra reputación á la incertidumbre de una nueva tentativa. ¿Quién sabe como nos recibirá hoy el mismo público que antes nos aplaudía con tanto entusiasmo?»—Y no volvió, con efecto, á presentarse en escena.

El año de 1808, á consecuencia de la entrada de los franceses, pasó á Málaga y de allí á Carratraca, á Toledo y otros puntos buscando en todas partes alivio á los males físicos que empezaba á sentir, hasta que hacia el año 1823 fijó definitivamente su residencia en el Real sitio del Pardo, entregada á continuas prácticas religiosas y condenada á un voluntario retiro y oscuridad.

A principios de 1823 vino momentáneamente á Madrid á consultar á los médicos y á visitar á su hermana Josefa; pero desgraciadamente fué atacada de una aguda pulmonía que dió fin á sus días á las cuatro de la tarde del 6 de Marzo del mismo año, cuando contaba sesenta y dos de edad.

Al siguiente día fué sepultada en el cementerio de la puerta de Toledo, ocupando el nicho número 376.

El trato de Rita Luna era sumamente fino y obsequioso con toda clase de personas; no podía ver con indiferencia las desgracias ajenas, las que se apresuraba á remediar en cuanto estaba en su mano, despojándose hasta de sus propias ropas para aliviar la miseria de sus semejantes.

En los apuntes que trazó acerca de esta ilustre actriz el cronista de Madrid, Sr. Mesonero Romanos dice, con referencia á personas de la familia de Rita, que su vida podría

dar margen á las más profundas reflexiones. Constantemente se la encontraba encerrada en su cuarto y entregada al estudio, no presentándose á su familia más que á las horas de comer; y lo más singular es que no permitía que durante ellas se hablase de cosa alguna relativa á su profesión, siendo un enigma indescriptible el que una mujer que parecía formada expresamente por la Naturaleza para reinar en el templo de Talía, hubiese cobrado una aversión tan extraña y sostenida hacia el teatro. Nunca quiso contraer matrimonio con ninguno de los varios actores que la solicitaron, y solía decir que en caso de realizarlo, sólo sería con una persona que la pudiera mantener fuera de la escena. Sus deseos no llegaron á realizarse; y destinada á tener que ahogar sus nobles esperanzas y á dominar en silencio una pasión malograda, dió lugar á la melancolía invencible que la arrastró al retiro y al sepulcro.

Considerada Rita Luna como actriz, no es menos sorprendente verla descollar en la escena por la sencillez y la naturalidad de la expresión en tiempos en que dominaba el mal gusto y la exageración extravagante.

Las lágrimas de Rita Luna eran lágrimas de fuego que hacían saltar involuntariamente la de enantos la escuchaban; el acento del dolor no era en su boca una ficción; era expresión irresistible; su aventajada estatura, su gracioso talle, sus finos modales, la nobleza de su persona la hacían aparecer en la escena, según la expresión de un célebre literato, como una princesa rodeada de comediantes.

Todos los géneros le eran fáciles; para todos había recibido de la Naturaleza dotes especiales; y aunque no se ensayó en la tragedia clásica, porque entonces era poco conocida, y todavía no la había puesto en moda el genio inmortal de Isidoro Maiquez, es indudable que hubiera compartido con éste los laureles de Melpómene, si una prevención ó un pique inexplicable no hubiera separado desde luego á ambos célebres artistas.

Tampoco simpatizó con el célebre autor de la época, D. Leandro Fernández de Moratín, sin que pueda encontrarse la causa seria; pero dejando aparte estas pequeñeces que en nada empañan el brillo de la resplandeciente corona artística de Rita Luna, podemos decir con orgullo que una nación que en todas sus épocas cuenta artistas tan ilustres, que saben elevarse á la región inmortal del genio donde es dado llegar más que á pocos escogidos, debe estar orgullosa de sus glorias y rendir el tributo de admiración que merecen aquellos que sacrifican su vida y su talento para la gloria de su patria.

A. GUERRA Y ALARCÓN.

## AL DE LA TRISTE FIGURA

EN EL ALBUM DE DOÑA EMILIA MARTÍN DÍAZ PEREZ.

Ya la del alba sería  
Cuando cansado y rendido  
De pensar, quedé dormido  
Sobre el libro en que leía.  
Y mi razón ruda y fría  
Preguntóme al despertar:  
¿Por qué en vez de descansar,  
En el insomnio te agitas?  
¿Qué quieres? ¿qué necesitas?  
Y mi alma dijo: Soñar.

—  
Anoche un libro leí,  
Por la milésima vez,  
Y tal es mi pequeñez  
Que el libro no comprendí.  
¿Qué quiere decir aquí?  
Me dije con loco empeño:  
¡Cervantes, del arte dueño,  
Con su ingenio sin segundo,  
Instruye y deleita al mundo;  
Pero á mí me roba el sueño.

—  
Me afano por estudiarle  
Y no llego á comprenderle;

Necesito conocerle,  
Y no acierto á descifrarle.  
¡Eterno Esfinge! Cantarle  
En espíritu y nobleza,  
Fuera la mayor grandeza  
Del humano pensamiento.  
¡Quién se abismara un momento  
En su infinita belleza!

Piensa el vulgo en general  
Que *El de la triste figura*  
Es la alegoría pura  
De lo real y lo ideal.  
¡Estudio el original  
Sabio, elocuente, discreto!  
Y sin hallar el secreto,  
La clave de su ficción,  
Siempre encuentra mi razón  
El ideal incompleto.

La utopía y el buen sentido  
Dan á Cervantes la norma;  
El fondo crea la forma  
Y el resultado obtenido.  
Es el lauro merecido  
Por tamaña concepción,  
Monstruo que imaginación  
Tarde volverá á soñar...  
¡Es preciso confesar  
Que lo hizo con intención!

Don Quijote, por sí solo,  
Por su brazo y su razón,  
Lucha con sana intención  
Contra la maldad y el dolo.  
Quisiera de polo á polo  
Ver sus esperanzas locas  
Enyestas, como las rocas  
Tras de titánicas luchas.  
Sus razones serán muchas,  
Pero sus fuerzas son pocas.

Sólo á un loco se le ocurre  
Solo luchar contra todos.  
Grandes fines, buenos modos,  
Todo á su sueño concurre;  
Pero el loco no discurre  
Y su esfuerzo es infecundo,  
Y ese ideal sin segundo,  
De aventura en aventura,  
Es la perenne locura,  
Que agita y conmueve al mundo.

No es Sancho tipo realista:  
Es un tonto solapado:  
Es un *Panza* consumado  
Con ribetes de egoísta.  
A veces idealista  
Sigue la fortuna varia:  
Jamás lleva la contraria,  
Que su quimérico ensueño,  
Se cifra en ser amo y dueño  
De su ínsula barataria.

Y su efímero gobierno  
Fué una nube de verano,  
Es el ideal humano,  
Es el ideal eterno,  
Su gobierno fué un infierno:  
Tras de tanto codiciarle,  
Cuando llegó á disfrutarle  
Viendo su dicha colmada,  
Como una carga pesada  
Necesitó renunciarle.

Por último, Dulcinea,  
Anagrama, lema, ó mote,  
Da valor á Don Quijote,  
Y alas de luz á la idea.  
Es ella, lo que desea  
El humano pensamiento;  
El ideal, el tormento,  
Que hace de mi dicha... ¡alével...  
Lo que hace el sol con la nieve  
Y con las nieblas el viento.

Dulcinea de mi vida;  
Yo te busco y no te encuentro;  
Está fuera de su centro  
Quien te adora y no te olvida.

Tú eres la imagen querida  
De mil y cien mil amantes;  
De tantos locos constantes  
Como adoran á una ingrata  
Mil, y cien mil que retrata  
En su *Quijote* Cervantes.

Cautivo y no comprendido,  
Quiso á su siglo mostrarse,  
Logrando inmortalizarse,  
Salvó un nombre del olvido,  
Nombre de todos querido  
Es el de Cervantes hoy:  
Sólo á su *Quijote* doy  
Aplausos, porque hace el bien  
Sin mirar, cómo ni á quién;  
Le pinta como yo soy.

Don Quijote y Sancho Panza,  
Compendian la humanidad;  
Buscan la *idealidad*,  
La *irrealizable* esperanza,  
Con paso seguro avanza  
Tras luto y duelos constantes;  
Esa raza de gigantes  
Cuyo nombre llena el mundo,  
¡¡¡Gloria á su genio fecundo,  
Gloria á Miguel de Cervantes!!!

JOSÉ ALVAREZ SIERRA

## LO INFINITO

El Espacio.—El Tiempo.—El Infinito.—La Eternidad.—  
Sustancia del Infinito.—El Eter.—Su eterno movi-  
miento.

A pesar de la dificultad en abarcarlo, nada, sin embargo, más fácil de admitir que el Infinito, siendo como es una consecuencia inmediata que está á nuestro alcance del mismo fin.

Tomad por base el bastón en que apoyáis vuestros pasos, el mismo metro; es evidente que nada se opondrá á que lo alarguéis con el pensamiento todo lo que se os antoje, sin que pueda encontrarse jamás obstáculo que impida esta superposición longitudinal. ¡Llegaríais acaso á recelar que un astro se interpusiera para privároslo? ¡Ah! Esos átomos diminutos del polvo cósmico así llamados, que se multiplican incesantemente en el universo, marchan con velocidad tan vertiginosa, que desaparecen de un punto dado en menos tiempo que se tarda en abrir y cerrar los ojos!... Y aun admitiendo lo imposible, que existiese alguno inmóvil en la dirección de ese cúmulo de bastones, siempre podríamos separarlos hacia otro lado y continuar la adición comenzada.

¿Seríamos capaces de creer como en su ignorancia nuestros padres que encontraríamos un límite, así como una gran muralla que estorbaba llevar adelante nuestra suposición?

A la altura á que hoy nos hallamos en conocimientos, de ningún modo; y aun en ese mismo supuesto, ó bien la muralla debería tener un espesor limitado, y entonces volveríamos á encontrar el espacio después de haberla atravesado, ó bien ese propio espesor, no podría menos de ser infinito, confirmando precisamente bajo lo macizo de su forma condensada, idéntica noción que en la apariencia con ella iba quedar destruída.

Al Infinito es inherente, en efecto, la maravillosa idiosincrasia de que toda hipótesis que imaginarse pudiera para limitarlo, bien lejos de ello habría de servirnos, por el contrario, como punto de apoyo para precisar y esclarecer más su concepto. Es decir, que la misma idea *antitética* de limitación no puede percibirse nuestro espíritu sin la *tesis* del Infinito, de una manera distinta, por esa misma vaguedad inabordable con que se nos vuelve á aparecer.

Metafísicos ha habido que con el axioma de que á mayores espacios, mayores límites, han pretendido establecer el sofisma de la limitación del espacio infinito, sin echar de ver que el infinito se pierde ó muere, si dable nos es adecuar esta frase, por su propia infinitesimal-

dad en que los horizontes se van ensanchando y dilatando, sin ser factible encontrar término. Ni tampoco se puede admitir el punto geométrico como principio ó base, pues este punto no existe sino en relación con lo insondable del *micros*, ó sea lo infinitamente pequeño.

Henos aquí ya en posesión del Infinito: pero aun nos falta completar nuestra idea.

La eternidad, concepto complementario del Infinito es, del mismo modo otra noción cuya indagación se nos presenta sencilla y naturalmente.

Observad vuestro reló; con una sola de las horas que os señala os es tan fácil construir la eternidad como con el metro ó con el bastón el espacio infinito.

Así es; nadie nos puede impedir que adicionemos hora tras hora sucesivamente, componiendo así días, años, siglos y millones de millones de siglos. Tan inmensa cantidad de tiempo abarcada con la imaginación, nada puede impedir que transcurra en la realidad, para volver de nuevo á formarla abstractamente siempre que se quiera y asimismo sin parar jamás, sin conceptuar su término. Y es que el tiempo tiene una existencia propia, independiente de lo que existe, aunque en relación con el espacio, pues el uno no pudiera existir sin el otro, y aunque el reló estuviese colocado en un punto imperceptible del espacio, no por eso dejaría de marcar las horas con la misma regularidad que en nuestro bolsillo, del propio modo que si todos los habitantes del globo se reprodujeran cien mil millones de veces por segundo ó hicieran cada uno la misma adición de bastones, aun por los dos cabos, encontrarían espacio y pasaría desapercibido sin estorbarse los unos á los otros y en la hipótesis además de que una de sus puntas horadase la tierra para que fuese posible esta nueva adición de los dos cabos hasta que, traspasando el planeta por el de abajo, continuase la superposición ideada en el espacio sin encontrar obstáculo ni límite alguno.

Toda verdad absoluta goza el mismo privilegio que el tiempo, por más que no pueda efectuarse ni verificarse su realidad como ya hemos dicho sin la relación del espacio, encontrándose en este disgregados ó difundidos todos los elementos y sustancias que se condensan ó comprenden en el tiempo; pero aún hay más: suprimid todos los mundos del espacio sin que quede uno solo y no obstará tan estúpida hipótesis, para que subsistan en el universo del propio modo, aunque sin ninguna inteligencia que pueda pesquisarlos, los teoremas de Euclides, Arquímedes, Keppler, Newton y de cuantos sabios han encontrado las leyes que en sí y por sí mismos desarrollan, determinan y manifiestan todos los hechos físicos del movimiento y evolución de las fuerzas materiales por las que esas mismas leyes se multiplican y se afirman, no como directoras, sino como esclavas ó simple traducción del hecho.

El Infinito y la eternidad son, por tanto, dos conceptos tan naturales al espíritu humano como el de su existencia. ¡Al mismo tiempo que somos y vivimos, nos sentimos suspendidos en el seno de esas inmensidades sin límites, únicas capaces á contener nuestras aspiraciones y en las que se resuelven las armonías y desinencias de los mundos, pueblos, sociedades, individuos y organismos todos; átomos imperceptibles, y sin embargo, vibrantes, del cosmos ubicuo y universal, á que llamamos naturaleza, á que llamamos materia!...

La materia, sin embargo, no existe, lo mismo que la forma y lo propio, que la fuerza sin el éter y el cosmos, que son su propia esencia.

¿Y qué es el éter?...

Lo que hasta el presente podemos decir de este fluido imponderable, más sutil que todos los gases que componen nuestra atmósfera y las de todos los planetas analizados con el espectroscopo, singular instrumento que acusa la presencia de la *tresmillonésima* parte de mi-

lígramo de cualquier cuerpo simple que reducirse pueda por la luz eléctrica al estado de gas incandescente, es que compone y anima la materia sutil, perfectible y hasta pensante de todo cuanto existe.

El infinito, de cuyo concepto acabamos de formar una idea relativa, no se halla de ningún modo vacío. Este no existe en ninguna parte. Allí donde el espacio continúa y es, aunque no haya sólidos, líquidos ni gases, hay siempre algo y este algo es precisamente el éter, del que nos proponemos formar una idea.

Tómese una máquina neumática de las más recientes; pongamos en función sus pistones, para sustraer por completo el aire que se encuentra bajo su campana de cristal; acabada esta operación, aun seguirá llena de éter la campana, y aunque las máquinas, émbolos y pistones tuviesen toda la potencia que se nos antojase concebir, no podrían jamás desalojarla del éter, que por sí filtra toda materia, lo mismo que el polvoriento é incoercible fluido del cosmos.

Mirad á través de los vidrios de la ventana. El viento sopla por fuera, los árboles se doblan, elévanse del suelo torbellinos de polvo, que inútilmente, á pesar de su fragilidad, vienen á chocar contra ellos, permaneciendo al abrigo de todas esas amenazas exteriores por violentas que sean. ¡Optica ilusión! El éter atraviesa, no obstante, esos vidrios, al parecer, tan compactos, al paso que los muros infranqueables de vuestra morada, lo mismo que las piedras sillares de los egregios alcázares y como aun vuestro propio cuerpo, sin que nada se oponga á su libre curso, que ni la misma roca granítica impidiera.

El leve cefirillo que nos envuelve acariciando mansamente nuestro rostro, es en su comparación un terrible huracán del *Himalaya* y el gas hidrógeno, catorce veces más ligero que los demás conocidos, por cuyo motivo hace flotar en el aire los globos areostáticos, es ante él la densa y negra nube presago de tempestad, y si pudiésemos llegar á colocar en la balanza química elevada pirámide de éter que llegase hasta la luna, el platillo no se movería lo más mínimo.

¡Elabórase la electricidad en su seno, la materia radiante, estalla el rayo; trasmítase por su mediación y á favor de ligeras, imperceptibles y vibráticas ondulaciones la luz, el calor, el rumor estridente del ligero trueno, tanto como los suaves y embriagadores aromas, sirviendo á la par de lazo en el mundo sideral, como indefectible prueba del *colectivismo* de la materia, á los infinitos astros que lo pueblan y que en él, en el cosmos, conduciendo del uno al otro, de las unas á las otras innumerables nebulosas, los efluvios misteriosos que los fecundan, encuéntrase á inmensas distancias mundos en vías de organización, mundos destruidos, mundos que se reconstruyen, siendo como es, conjunto de fuerzas, fluido vital del universo, análogo *protoplasma* al de la sangre en el ser humano...!

Fluido de tal sutileza y asiento de fuerzas tan formidables al propio tiempo, no nos es posible concebirlo en reposo.

El movimiento no es otra cosa sino su propia existencia y la eternidad misma que no puede percibirse sin la persistencia de ese movimiento, fenómeno primordial que lo mismo se concibe *antes* que *después* de un instante cualquiera, tiene para nosotros en él su certeza matemática, conforme al cálculo de las probabilidades.

Experimento bien sencillo y al alcance de todo el que quiera, sancionará nuestro aserto.

Echese agua en una cubeta; prodúzcanse en ella fuerzas desordenadas, agítandola vivamente en toda dirección; al abandonarla á sí propia, observaremos que determinará un movimiento rotatorio al rededor de su centro, y para comprobarlo, cuando ya parezca en reposo, no hay mas que arrojar en su superficie un pedacito de papel.

Ahora bien; dilátase con la imaginación esta cubeta cuanto se quiera, y figurémonos que en vez de agua es éter lo que contiene, sucedería lo propio en la eternidad del tiempo, pues

es ley física común á todos los líquidos que vemos reproducirse como en los mares, tanto en los ríos, cual en el mismo aire.

Admitamos en nuestra hipótesis sea el éter el fluido animado de este movimiento de rotación alrededor de un eje, ley general del universo, y como quiera que un infinito girando todo de una vez y como una sola pieza es difícil de concebir, puesto que llegaríamos á una velocidad infinita á distancia también infinita del centro, absurdo imposible, deberemos concluir y reconocer, lógica y científicamente, que tan vasto movimiento sólo puede efectuarse por medio de zonas concéntricas, de unas en otras transmitido, desde la primera que representa la cubeta de nuestro ejemplo—por mas que en el infinito no es dable encontrar primera ni última causa—y así sucesivamente, tanto cuanto la fantasía pueda seguir, girando, sin embargo, con distintas velocidades; pero todas alrededor del mismo eje y del mismo centro y éste sin dejar de ser á la vez punto perdido de otra inmensa circunferencia y así sucesiva, simultánea e infinitesimalmente, único medio para que comprendamos de un modo evidente la coexistencia y exactitud de las fuerzas, lo propio que las del tiempo y del espacio en toda la eternidad, agentes latentes y existentes.....

TEOBALDO NIEVA.

## LA INFANCIA ETERNA

Sienta como una verdad inconcusa, y á nuestro juicio con no escasa razón, una célebre máxima persa: que si dicen ha sido trasportado un monte de un lugar á otro, puede creerse más bien que si dicen ha variado un hombre de índole. Y en efecto, analizando al hombre en todos los tiempos y á través de todas las edades, ¿qué metamorfosis advertimos en él? ¿Ha variado acaso en el modo de ser de alguna de sus anímicas facultades? ¿Podremos por ventura asegurar que la tan decantada moral universal ha venido á redimir á la sociedad de sus eternos defectos é inextinguibles aberraciones? Asegurar tal aserto, pretenderlo siquiera, fuera tanto como incurrir en la insigne locura de querer vaciar en nuevos moldes el corazón humano.

Así como es una irrefutable verdad que reviste el carácter de dogma científico; que la materia no ha perdido á través de los siglos; que de existencia cuenta el mundo uno sólo de sus átomos, no lo es menos tampoco que el inmortal espíritu, esa maravilla entre las maravillas del universo, como le apellidaba el insigne Clemente XIV, no ha perdido en absoluto, á través de los siglos que de existencia cuenta el hombre, una sola de las muchas imperfecciones que le son tan inherentes.

Los mismos vicios, las mismas concupiscencias que han agitado al ser desde la más remota antigüedad, nótanse hoy en su pristino vigor y fuerza; nacieron con el primer hombre y le siguen donde quiera. El codicioso afán de atesorar riquezas, que es sin disputa el que más conmueve la metalizada sociedad presente, ¿podrá alguien determinar de cuándo data? Su antigüedad, á no dudar, se pierde en la noche de los tiempos, bastando á formar una aproximada idea de ello recordar que Moisés, al bajar del Sinaí con las tablas de la ley arrancadas á la tempestad, ya sorprendió á un pueblo rindiendo culto al becerro de oro.

¿Acaso esta inagotable sed de riquezas no existe hoy, como existió ayer y como probablemente existirá mañana? ¿En qué hemos variado entonces? ¿Qué diferencia, pues, existe entre la culta generación presente y los primitivos pueblos, cuando, como entonces, el oro es el vil instrumento de corrupción y á veces de delito? ¿Podrase acaso asegurar tampoco el origen de la prostitución? ¿De ese cáncer que corroe con voracidad las desgarradas entrañas de su víctima? ¿Bástanos para averiguar su existencia desde las más remotas edades el examen de la marcha y desarrollo del espíritu universal á través de los tiempos, y los múltiples é insignes ejemplos que de ello nos proporciona tanto la sagrada como la profana historia.

Basta á confirmar nuestro aserto el saber que Solon erigió en Atenas templos á la diosa de la pros-

titución, proponiéndose evitar con este mal otro mal que más degradaba y envilecía: la pederastía ó vicio *contra natura*, que constituía por entonces la verdadera plaga de aquella anémica sociedad. Basta igualmente saber que en Corinto, como en Armenia, las sacerdotisas de Venus eran cortesanas cuyos favores, á subido precio dispensados, constituían su dote, razón por la que hallaban más ventajosa colocación cuanto mayor número de extranjeros hubieran acogido en su impúdico regazo.

Basta, por último, no olvidar que en Asia como en Africa, en Egipto como en Persia, se propagaba con la velocidad de la luz el culto á Milita, y la prostitución su eterna compañera; que en la tan estoica como al parecer morigerada Esparta, sacrificaban las doncellas la más bella de las dotes femeniles, el pudor, al combatir desnudas en el teatro, que abandonadas por sus padres á los mancebos, mejor conformados y robustos para reparar de tal modo el descenso de población ocasionado por la mortandad de los combates; que en la India las vírgenes eran siempre ofrecidas al Dios de la Pagoda; que en Sodoma como en Gomorra, ricas ciudades de Palestina, que próximas al lago Asphaltites, formaban parte del famoso valle de Pentápolis, rayaron á tal altura las impúdicas torpezas á que se entregaban sus corrompidos moradores, que Dios, en su justa cólera, las redujo á cenizas por ser el fuego el mejor purificador de tan ponzoñosas como deletéreas atmósferas. Y que aunque de muy posterior fecha, Pompeya y Herculano, esas tan bellas como depravadas ciudades de la Campania duramente castigadas por la ardiente lava del Vesubio, vieron encenderse en su recinto la lubricidad y el libertinaje más desenfadado, inseparables compañeros del ocio y de la opulencia.

Y viniendo á más próximos tiempos, ¿cómo olvidar que la tan culta como perversa Roma, la que fué metrópoli del mundo político y aun lo es del mundo católico, hundió su altanera frente en el cieno de la impureza al erigir altares al vicio y la sensualidad, rindiendo brutal culto á la materia y derrochando su vida y sus tesoros en la proverbial suntuosidad de sus bacanales y en sus fascinadoras *Thermas* donde los mármoles alejandrinos y ricas piedras de Numidia, formaban bello y singular contraste con los soberbios techos ricamente artesonados, y sus ricos cuanto artísticos surtidores de plata, donde se hacían perfumar con olorosos aceites y embriagadoras esencias de la Arabia los tan crapulosos como afeminados hijos de la molición, soñando amores en sus embalsamados gabinetes, y olvidando que al influjo de tan disolutas costumbres y vergonzosos desórdenes se minaba la existencia de aquel gran pueblo.

¿Cómo olvidar igualmente la muelle vida de los hijos del Oriente, en sus ideales camarines, donde el alerce y marfil, la sedería y los riquísimos alicatados de oro y ópalo, azul y plata, formaban bellísima armonía con su fascinante alhamí provocando á los sueños de la sensualidad, en donde al soplo de las embriagadoras auras embalsamadas de azahar, y á través de las espirales de los olorosos pebeteros disipaban su vida de placeres en una loca cuanto inextinguible alegría sin considerar que de tal modo fomentaban la decadencia y envilecimiento de la raza semítica.

Y viniendo á la Edad Media, ¿vemos acaso alguna ostensible y marcada diferencia respecto á los siglos que la precedieron tanto en sus vicios como en las pasiones todas que agitaron aquellas sociedades? Forzoso es confesar que no; forzoso es confesar, repetimos, que lejos de progresar en la senda del bien y de la justicia, se encenagaron en la prostitución más desenfadada y repugnante, por encubrirse con el odioso velo de la hipocresía, pues como dice muy discretamente un ilustrado escritor contemporáneo:

Nunca son los malvados más bribones  
Que afectando virtud en sus acciones.

Citaremos, para llenar cumplidamente nuestro objeto, algunos datos históricos que por sí solos son tan elocuentes que relevan de toda otra prueba.

Consignaremos que en las Repúblicas de Venecia y Florencia, que por el siglo XIII nadaban en el fausto y la riqueza, á causa de su rico comercio con Oriente, vieron crecer por instantes juntamente con la sórdida codicia y la prostitución, las crueldades más espantosas y las más inexorables venganzas. Que los Papas Julio II, León X, Sixto V y Clemente VII, se vieron precisados á reglamentar con

estatutos los públicos burdeles, imponiéndoles tributos para sostener conventos de arrepentidas en Roma y otras ciudades. Que en Aviñón se organizó con verdadera pompa y solemnidad un burdel en 1347 por doña Juana I, Reina de Nápoles, Condessa de Provenza, y que en Inglaterra y ciudades meridionales de la Francia se patrocinó y reglamentó la prostitución, como dique al desenfreno y relajación de las costumbres.

Y por otra parte, si inclináis la cabeza sobre los viejos cronicones, fácil os será entrever á través de sus carcomidas páginas aquellas también carcomidas sociedades de odio y de guerra llamadas feudales, donde como dice un esclarecido repúblico é insigne literato en sus *Estudios sobre la Edad Media* «no solamente era tolerada la prostitución, sino oficialmente organizada, teniendo en cada reino sus estatutos, en cada villa su sucursal, en cada ciudad su templo.

Epoca en que era una utopía, un sueño irrealizable, la paz constantemente alterada y la moral constantemente deprimida, por aquellos desalmados y turbulentos señores de horca y cuchillo; con la hoguera como único medio de persuasión y el tormento por arma única de justicia, escogiendo por forzosas concubinas las hijas de sus pecheros y cometiéndolo, en fin, todo linaje de atropellos é iniquidades encastillados en sus seculares privilegios, arrancados más bien que pedidos á la debilidad de los reyes é imperioso influjo de la fuerza y las circunstancias, viéndose en aquel período de verdaderas tinieblas los espíritus elevados y depositarios de la ciencia, obligados á refugiarse en la soledad de los sombríos claustros de las góticas abadías para elevar desde allí sus preces al Eterno como constante desagravio á iniquidades tan constantes.

Y si comparamos el modo de ser de aquellas rudimentarias sociedades con las de nuestros días, ¿qué esencial diferencia las separa? ¿Es tan diversa por ventura su constitución, marcha y tendencias que las de aquellos pueblos que en nuestra creída superioridad no vacilamos en motejar de bárbaros? *Dura veritas set veritas*, forzoso, aunque depresivo es para nosotros confesar que no, porque á decir verdad, ¿se ha extirpado en nuestra alma la sed devoradora de riquezas, madre de la corrupción y de la inmoralidad, que comparable al incendio más crece cuánto más se satisface? ¿Disminuyen acaso en número esos crímenes cuyos sangrientos detalles acusan al par que el ceno de las almas la carencia más completa de la materna educación, eterna base del porvenir del hombre.

¿Disminuyen tampoco la perniciosa inmoralidad administrativa, la letargía moral, el absoluto descreimiento de las gentes y todo lo que en fin haciendo desmerecer el prestigio de la civilización conduce por vertiginosa pendiente á la barbarie?

¿Disminuyen igualmente la molición y relajación de las costumbres cuando en Austria, Alemania y Rusia como en España, Francia, Italia y Bélgica se calcula en un 30 por 100 el número de las doncellas, que se abandonan á la prostitución, y en un 40 por 100 el de las ilegales uniones, siendo el concubinato el estado normal de los obreros, sobre todo en la culta Francia donde los amancebamientos son en tal número que ha venido á sancionarlos la costumbre con el nombre de matrimonios parisienses?

Y si olvidando por un momento cuanto atañe al estado actual de la familia, base de las sociedades, nos fijamos en las relaciones de pueblo á pueblo. ¿Observamos otra cosa que el más perfecto desconocimiento de toda idea de justicia y generosidad tan propias de las almas dignas? No, ciertamente; pues ni ha desaparecido de nuestras sociedades lo tan característico de los pueblos nómadas, el imperio de la ley del más fuerte, ni es otro cosa la actual política de la civilizada y culta Europa que la representación más genuina y cínica de la odiosa fuerza, puesta al servicio de ruines ambiciones sobre la razón, tan hipócritamente aclamada como reina del Universo, bastando á justificar cumplidamente nuestro aserto la tan cruel y baja como tiránica conducta que observan los pueblos prepotentes con los pequeños, por el sólo é incalificable delito de ser débiles.

¿Qué son esas tan frecuentes como consentidas anexiones de provincias enteras que suceden á toda guerra, más que verdaderas usurpaciones tácitamente legalizadas por las naciones en nombre del mentido derecho de conquista?

¿Cómo olvidar á este propósito á la tan brava como desventurada Polonia, desecha y rota su nacionalidad é independencia á manos de los tres colosos del Norte, con quienes por su desgracia limitaba, viniendo á ser sus hijos austriacos, rusos ó prusianos, así como á la suerte, y sin que tan escandaloso reparto del botín arrancase la más leve protesta por parte de los restantes pueblos europeos?

¿Cómo olvidar tampoco que ese negro y gigantesco peñón, situado en la estremidad meridional de España, foco del contrabando y de la piratería, y sobre cuya cima tremola extraña bandera, representa tan sólo la más ruin y aleposa de las detenciones, y el más odioso y tiránico de los actos de fuerza?

No pasaremos en silencio á este propósito que la unidad de la floreciente nación italiana, con la que estamos de perfecto acuerdo, aunque no en la forma de realizarse, se ha llevado á cabo á costa de un sinnúmero de anexiones y verdaderos despojos, ni que invocando la tan absurda como bárbara ley del más fuerte se ha arrancado á la Francia en su última campaña de 1870 dos de las más ricas joyas de su brillante colosal diadema.

Casos sin cuento pudiéramos citar en apoyo de nuestra tesis, sin necesidad de recordar la reciente absorbadora política de Francia en Túnez y el Tonkín de Inglaterra en Egipto y el Sudán, ni la ya añeja egoísta conducta que con las colonias observan las metrópolis, pues lejos de procurar como buenas madres el bienestar moral y material de sus hijos, llevando la antorcha de la fe á sus dormidas conciencias, y el genio del progreso á sus incultas inteligencias cual fuera su deber, procuran sólo perpetuar su ignorancia para perpetuar también con su abominable dominación la explotación y el lucro, únicos y despreciables móviles que hasta el presente las animan.

Y si para completar nuestra idea nos ocupamos después de haberlo hecho, aunque á grandes rasgos de Europa, de las restantes partes del mundo por nosotros conocido, advertiremos que tanto Asia, cuna que fué del género humano á la vez que del cristianismo y de la civilización, como esa velada parte del continente antiguo, tan floreciente y culta en otros tiempos, que apellidamos Africa, se hallan sumidas en el más deplorable estado de barbarie, abyección y embrutecimiento, careciendo en absoluto de toda idea de pudor y dignidad personal.

Que en la Oceanía existen aun en el estado primitivo la antropofagia, los cruentos sacrificios humanos, la ignorancia más supina, el despotismo más violento y la inmoralidad más degradante.

Y por último, que la tan joven como libre América, ignota hasta fines del siglo XV, exceptuando el rico y prepotente pueblo próximo á nuestras Antillas, que, comparable á un caudaloso río, se forma y acrecienta con los arroyos de Europa, y que, á no dudarlo, merece el gran premio de honor en el concierto de las civilizaciones por ser también el único y firme baluarte de la libertad en el americano continente, se ofrece á nuestra vista el cuadro más triste y desconsolador que darse puede, pues que empeñados de continuo en tan irracionales como encarnizadas luchas, viven envueltos en la mayor de las anarquías, desconociendo todo principio de autoridad, hollando toda idea de justicia, barrenando las leyes y fomentando la perversidad de las costumbres.

Dígasenos, pues, si el mundo moral ha progresado mucho, pruébesenos que esta misma anarquía, que esta misma desmoralización, que este mismo imperio de la fuerza, no son los que existían en las primeras edades, aunque revestidas con la pulimentada corteza y deslumbrante traje de lo que hemos convenido en llamar civilización y cultura modernas.

Lejos de nuestro ánimo el desconocer las preciosas conquistas del hombre sobre la Naturaleza en el presente siglo, al sorprender sus maravillosos secretos, nos adherimos con verdadero entusiasmo á las tan justas como encomiásticas frases que sus admiradores le dedican; creemos, sí, que es el siglo de la difusión de la ciencia, por ser el siglo de la libertad del pensamiento; creemos sí, que es el más glorioso de los siglos, por ser también el más fecundo de ellos en grandiosos descubrimientos y poderosos adelantos; creemos, en una palabra, que ha de ser de impercedera memoria para las futuras generaciones, que al hacer su apoteosis le evocarán como poderoso

talismán para alentar á la humanidad en sus constantes gigantescas empresas.

Pero así como reconocemos de buen grado lo que de derecho le corresponde, así como no vacilamos en consignar que figurará á la cabeza de los siglos en cuanto á sus materiales conquistas, no hemos de dejar tampoco, á fuer de imparciales, de reconocer lo exiguo de los adelantos en cuanto á su nivel moral atañe; pues el hombre, al precisar matemáticamente la distancia, el volumen y la extensión de los soles y los mundos, al aprisionar los vientos, dominar los mares, domar el rayo, y hacer que los más apartados continentes se tiendan la mano á través de los abismos, trasmitiendo con insólita velocidad el pensamiento humano á las más recónditas y apartadas regiones, progresa, ¿cómo dudarlo? pero en el orden inferior de la materia, no en el orden inferior de la materia, no en el orden esencial del alma, que constituye el verdadero progreso; pues aunque la frente del hombre se halle iluminada con los hermosos resplandores y ricos destellos de la razón y de la ciencia, no se ostentará, sin embargo, digna del creador, sino se reflejan también en ella, los no menos hermosos y ricos resplandores y destellos de la más perfecta justicia y de la más sana moral.

Podrá progresar más ó menos en lo accidental de su ser al movimiento de los sucesos y al poder de las transformaciones, pero en lo de verdadera entidad ó sea en su moral perfeccionamiento, hay que paladinamente confesar lo difícil y premioso de su necesaria evolución progresiva, no pareciendo sino que la humanidad, esa gran familia que tiene á Dios por padre y al mundo por patria, está como Sísifo eternamente condenada á subir á la altura la enorme y pesada mole que al llegar á la cima se le escapa, obligándole á empezar de nuevo su fatigosa empresa.

Esperemos, sin embargo, en que el hombre decidido entusiasta de todo adelanto no ha de permanecer indiferente á la pura y vivificante atmósfera de progreso que sin cesar aspira y de continuo le impele, porque así como los mundos que pueblan el espacio obedecen á la tan grandiosa como incomprendible ley de la atracción universal, los seres todos que pueblan el planeta obedecen de igual modo á la eterna y sublime del progreso en todas las esferas de la vida, pues como dijo el tan profundo como ilustre filósofo Balmés: «El mundo marcha, el que se interponga será aplastado y el mundo seguirá marchando».

Confíemos, pues, en que siendo la evolución ley de la vida, la humanidad, en su incesante marcha progresiva, vencerá todas las dificultades, arrollará todos los obstáculos que á su triunfal paso se opongan, consiguiendo por fin, aunque tras rudos embates por ser providencial que á toda redención prece de forzosamente un calvario, la realización del progreso moral como origen y bases de todos los progresos siendo las grandes hecatombes que al cumplirse tan grandiosos destinos surjan, comparables á las periódicas inundaciones del Nilo que destruyen primero para fertilizar después y semejantes á las tempestades del cielo que lanzan el rayo pero aclaran y purifican la atmósfera.

Madrid, 4 de Marzo de 1885.

EUGENIO MANORÍ ERÁNS

## LA CUERDA DE CAÑAMO

Novela original

(Conclusion.)

—¿Y dónde es? ¿No lo sabe?—preguntó Clarita.

—No ha oído nada; pero el señorito le ha preguntado hácia dónde estaban las Ventas del Espíritu Santo.

—¿Y hácia dónde están?—volvió á preguntar Clarita.

—Por la puerta de Alcalá se va—contestó Juana.

—Oye, Juana, dí á Gorito que dé enseguida al señorito ésta. ¡Ay, si no tiene sobre!

—Yo se lo pondré—dijo Clarita. Cuando lo hubo hecho, dió la esquila á Juana.

—Que vuelva enseguida con la contestación, y tú le esperas en tu cuarto. Anda, mujer, no seas pesada.

—Si ya voy, señorita.

—Volando.

Trascurrió una hora, que fué de mortal zozobra para Isabel, y por consiguiente para Clarita.

—¡Pero, Señor! ¡Cuánto tarda! ¡Si parece mentira que no haya vuelto! ¡Qué pasará, Dios mio? Ese muchacho debe correr como un gamo... No tengo paciencia para más... Voy yo misma al cuarto de Juana.

Y varias veces se asomó al pasillo para ver si ésta venía ya.

—¡Por la Virgen santa, mujer! ¡no te impacientes así! Si ni aun que fuera un pájaro, tenía tiempo de haber vuelto. Hazte cargo de que tiene que ir, esperar á que la lea, á que escriba y volver. En todo eso algo tiene que tardar—la decía Clarita.

Pero todas estas reflexiones eran inútiles para calmar á Isabel. Por fin se sintieron en el pasillo precipitados pasos.

—¡Jesús! ¡qué sangre de horchata! ¿Pero no ves, mujer, con qué calma viene?—dijo Isabel, y salió al pasillo á coger el papel que su doncella tenía en la mano. Inmediatamente rompió el sobre y desdobló el pliego, que decía así:

«Isabel mia: He sido un necio en escribirte como lo he hecho antes. Debí figurarme que te alarmarías. Tranquilízate, ya terminé mis *graves ocupaciones*, y cuando vino Gorito dormía como un canónigo. Temo que ese imbécil de Gorito haya dicho alguna tontería. Para que deseches todo temor, te prometo, bajo palabra de honor, escribirte mañana largo y tendido. No seas capilosa. Te quiere

JAIME.»

—¿Lo ves? ¿Ves cómo todo ha sido majaderías de Gorito y de Juana?—dijo Clarita que había ido leyendo, al mismo tiempo que su amiga, por encima del hombro de ésta.

—¡Cá! Te equivocas si crees que á mí se me engaña como á un niño—contestó Isabel suspirando.—Lo que ha dicho Gorito es cierto. ¿Me vá á decir Jaime que se bate mañana? ¿Soy acaso una chiquilla?

Y luego, dirigiéndose á Juana, dijo:

—Mira, dile á Gorito que mañana, cuando salga su amo de casa, le siga adonde vaya, sin que él lo note, y que en cuanto vea lo que sucede, venga á escape á decírmelo... Ah... dále dinero por si lo necesita para algo.

Cuando se quedaron solas las dos amigas, otra vez empezó Isabel á desesperarse, á llorar y á gemir.

—¡Por mí! ¡por mí se van á matar!—exclamaba —¡ese imbécil de Marqués! Pero ¿por qué se habrá fijado en mí? ¡Ay, Dios mio, Dios mio! ¡Tened compasión de esta desdichada! ¡Se me figura que le veo muerto!

—Hija, te desconozco—la decía Clarita.—¡Tú siempre tan serena y tan sensata...!

—¡Ay, Clara! ¡Es que antes no amaba!... ¡Y ahora amo!... ¡Y ahora mi amado está en peligro!

—Pero no de muerte, mujer. ¿A qué ponerse en lo peor?

—¿Y no habría medio de evitar ese desafío? ¿No se te ocurre nada, Clara?

—¿A mí?... No... digo, sí... ¡Si escribiéramos al Gobernador!...

—¡Bendita seas! Me das la vida. Sí, sí; voy á escribirle ahora mismo diciéndole que por mi causa se van á matar dos hombres, y que no quiero...

—¡Qué desatino! ¿Isabel, te has vuelto tonta? No es necesario... Bastará avisarle en un anónimo de lo que sucede...

—Bueno, pues voy enseguida.

—Déjalo; yo, que estoy más tranquila que tú, escribiré.

—¡Ay, sí, Clarita!... Hazlo ahora mismo,—dijo Isabel abrazando con efusión á su amiga y besándola en los ojos, en las mejillas, en la frente, en los labios.

—Quita, mujer, que me sofocas.

Y desprendiéndose de los brazos de Isabel, Clarita se fué á sentar delante del escritorio, y empezó á escribir diciendo en voz alta lo que iba escribiendo:

Señor... Gobernador... Mañana miércoles... van á batirse... en las inmediaciones... de las Ventas... del Espíritu Santo...

—Pon eso bien claro, que se entienda bien.

—Lo he puesto con letras como garbanzos. ¿Ves? Y subrayado por añadidura. Y ahora se me ocurre, ¿será allí?

—Ah, sí... No te quepa duda. Y además, que tú dices en las inmediaciones. La vida de dos hombres, bien vale la pena de que el Gobernador ó el Inspector que vaya, se moleste un poco en buscarlos. Ten en cuenta que ellos irán en coches... y con preguntar á la gente que encuentren en el camino...—dijo Isabel mucho más tranquila ya.

—Tienes razón. Continuó. En las Ventas del Espíritu Santo á las... ¿A qué hora? Levantándose Jaime á las seis... se puede calcular que será á las siete y media sobre poco más ó menos. ¿No te parece? Eso es, pondré que á eso de las siete y media.

—¡Ay, hija, no! No sea que vayan á llegar tarde. Pon que entre seis y media y ocho de la mañana.

—Buen planton quieres que se lleve. Pero en fin, ya está puesto. A ver, que ya no me acuerdo.

¡Por Dios hija! No vayas con esa calma—dijo Isabel.

Clarita, sin hacerla caso, leyó:

Señor Gobernador: Mañana, miércoles, van á batirse en las inmediaciones de las Ventas del Espíritu Santo, de seis y media á ocho de la mañana... Subrayaré también la hora... Dos jóvenes. El duelo es á muerte.

—¡Jesús, mujer! ¡no lo quiera Dios!

—No seas tonta, que es para asustarle más y que no se descuide. El duelo es á muerte. Una pobre mujer... Van á colgar el milagro á la Marquesa... que por una casualidad lo ha sabido... le ruega á V... por lo que más... quiera en el mundo... que evite una desgracia. Ya está.

—A ver, á ver—dijo Isabel y cogió el papel y lo leyó para sí.—Te falta la fecha.

—Trae... Ya está también. Ahora un sobre. Señor Gobernador... de la provincia de Madrid. Urgentísimo. Entréguese en propia mano. ¿Y ahora, con quién la enviamos?

—Se la daremos á Juana y ella buscará alguno de la casa que lo lleve. Pagándole bien—dijo Isabel, y llamó.

—El que vaya—advirtió Clarita—que no lleve librea. Y mejor será que lo entregue á un mozo de cuerda.

Juana acudió enseguida.

—¿Qué quiere V., señorita?

—Mira, es preciso que lleven esto al señor Gobernador, cueste lo que cueste y sea como sea. Pero enseguida, ¿oyes? Y que no sepan de quién es.

—Está bien.

—¡Juana, Juana!

Juana volvió á entrar.

—Que se la entreguen en propia mano.

—Bueno, señorita.—La doncella se marchó otra vez.

Isabel se quedó suspensa y pensativa un brevísimo instante, y luego, palideciendo y con trémula voz volvió á llamar á Juana, que entró de nuevo en el gabinete. Su señorita la arrancó el pliego de las manos, y con febril prontitud le hizo trizas y le arrojó al suelo; Juana dió un grito.

—¿Qué haces?—exclamó Clarita con la mayor admiración.

—Podrían creer que había sido él—dijo Isabel, y al decir esto la dió una convulsión nerviosa tan grande, que á duras penas pudieron impedir que cayera al suelo, Clarita y Juana, que acudieron á sostenerla al ver que vacilaba.

No podía llorar y se ahogaba. Así estuvo algunos segundos, hasta que por fin un copioso llanto vino á resolver por el pronto aquella crisis de supremo dolor.

Imposible es narrar todo lo que sufrieron aquella noche Isabel, Clarita y Juana. Las horas trascurrieron lentas como las de agonía de un sér querido, y tristes como las que se pasan velando su cadáver.

Los rumores del nuevo día vinieron á acrecentar el tormento de Isabel, porque su ansiedad y zozobra aumentaron. Fijos los ojos en el reloj, su inalterable y acompasado tic tac era para la infeliz un continuo é incesante martirio que la hacía sufrir horriblemente.

Las siete ya... Se estarán batiendo... Las siete y media... Todo habrá concluido. ¡Tal vez herido!... ¡Muerto quizás!...

Y pasaban las horas, y Juana, que había ido á su cuarto para esperar á Gorito... ¡no venía! Aquella tardanza nada bueno auguraba. Isabel hubiera ido ya al cuarto de su doncella, pero no tenía alientos para nada, y recostada en una butaca se la hubiera creído muerta, á no ser por el extraño fulgor que despedían sus ojos, fijos siempre en el reloj, y por los violentos latidos de su corazón. Clarita, sentada á su lado, desencajada y pálida también, con la cabeza entre las manos, ni trataba ya de consolarla.

Acababan de dar las nueve y media, cuando Juana entró corriendo y muy alborozada. Isabel se incorporó en la butaca, Clarita levantó la cabeza; ambas dirigieron una mirada de ansiedad á la muchacha.

—¡Albricias, señorita!—gritó Juana con alegría.—¡El señorito Jaime, bueno y sano! ¡El Marqués herido!

—¡Bendito sea Dios!—exclamó Isabel con toda su alma y con el feroz egoísmo de la mujer enamorada, y rompió á llorar.

#### Solucion inesperada

#### I

El palacio de Campoverde estaba situado en el Madrid antiguo; las ventanas de las habitaciones que ocupaba la servidumbre daban á una calle solitaria y estrecha. En la acera de enfrente, apoyado en el quicio de una puerta cochera y embozado en su capa, esperaba un hombre, cuya visible impaciencia era aumentada á cada instante por el leve rumor de cristales que producía el viento al agitar de vez en cuando las vidrieras. Este rumor y el áspero chirrido de la veleta que giraba en la torre de la próxima iglesia, eran los únicos ruidos que interrumpían el silencio en aquel sombrío y triste callejón.

Dieron las dos en el reloj del Palacio Real, y despues de trascurrir todavía algunos minutos, en la casa de los Duques abrieron suavemente una ventana.

—Gracias á Dios—dijo el que esperaba, vieniendo á situarse al pié de la ventana.

—¿He tardado mucho?—preguntó á media voz una mujer que se había asomado á la ventana.

—Creí que no te asomabas ya. Más de dos horas llevo esperando.

—He tenido que aguardar á que se acostaran todos. Mi impaciencia era mayor que pueda haberlo sido la tuya. Para alejar sospechas me acosté temprano, pretestando que estaba indispueta, y no sabes cuánto me he estado consumiendo, hasta que Juana me avisó de que podía venir á su cuarto sin riesgo de ser vista. Me vestí aprisa y corriendo y aquí estoy.

—Tu carta me puso en cuidado—dijo él.—Al ver que me citabas para la noche, cosa que nunca has hecho, supuse que algo grave sucedía. Di, ¿qué es lo que ocurre?

—No puedes formarte idea de la violenta escena que he tenido con mis abuelos.

—Era de esperar—observó él.

—Una carta en que les decía la Marquesa que habías herido en desafío á su hijo y que, por mo-

tivos que en su buen juicio comprenderían fácilmente, se consideraba libre de todo compromiso en lo referente á la boda del Marqués conmigo, les causó una sorpresa extraordinaria. Me llamaron. Mi abuela estaba furiosa. Sin duda, y muy á pesar mio, en el semblante se me debía conocer mi regocijo por el feliz término que para ti tuvo el duelo, porque, al verme, la cólera de la Duquesa subió de pronto. Trémula de coraje y balbuceando, me dijo: «Si no lo supiera, tu insolente alegría bastaría para darme á conocer lo que sucede. ¡Hémos aquí por tu culpa en lenguas de todo el mundo! Jamás creí que tus ligerezas, por no decir tu falta de decoro, llegaran al extremo de ocasionar un escándalo semejante.» A las reprensiones de mi abuela y á todas las reflexiones que me hizo mi abuelo, callé, porque comprendía que en medio de todo tenían razón para estar sulfurados. Mi silencio exasperó á mi abuela, que acabó por arrojarme de su cuarto diciéndome: «Vete, vete enseguida. Tu incomprensible sangre fría me ataca á los nervios. Temo olvidarme de quién soy y tratarte como en verdad mereces.»

—Esta situación es insostenible—dijo Jaime.—Es preciso tomar una resolución pronta.

—No es esto todo—añadió Isabel.—Juana me ha dicho que mi abuelo ha mandado que le preparen enseguida las maletas de viaje. Es de creer que muy pronto me lleven, cuando ménos lo piense, á algun convento del extranjero, sin decir nada á nadie. Varias veces me ha hecho mi abuela esa amenaza.

—Tenía que suceder todo esto más tarde ó más temprano. Los sucesos se precipitan más de lo que yo presumía. Ya lo ves, Isabel, este es el momento preciso de que te decidas. O renunciar á mi amor...

—Eso nunca—interrumpió ella.

—O seguirme—continuó diciendo Jaime con enérgica entonación:

—¡Seguirte! ¡Dios mio, qué vergüenza! ¿No habrá otro medio, Jaime? ¿no habrá otro medio?

—¿Y cuál? Tú lo verás. Si alguno se te ocurre, dílo.

—Al menos dame tiempo para pensarlo.

—No es posible. Mañana tal vez sea ya tarde. Al amanecer te espero con un coche en este callejón. Sal por la puerta que da á la escalera de servicio. Te llevaré á una casa respetable, y yo saldré para Valencia con objeto de desorientar á la policía. Desde allí ire á Roma, para donde saldrás dentro de quince días con la señora de un amigo mio disfrazada de sirvienta suya. Una vez en Roma, nos casaremos. Todas las dificultades las tendré vencidas para cuando llegues. Como ves, todo lo tengo previsto.

—¡Por Dios, Jaime, por Dios! Mira á ver si hay otro medio. ¡Si tu supieras...!

—Veo que no estás resuelta. Adios para siempre.

—¡No, no te vayas! Haré lo que quieras... Para que no te extrañe mi indecisión, voy á contarte lo que le sucedió á mi madre. También ella se casó á disgusto de mis abuelos... y Dios la castigó. Fué muy desgraciada. Después de muchos disgustos con mi padre que tenía la cabeza algo ligera, se quedó viuda muy joven, antes de que yo naciese. Mi padre, que era militar, partió para la guerra. En Cataluña se habían levantado partidas carlistas. Mandaba una columna. Una noche salió de su alojamiento; al día siguiente no parecía. Le buscaron y le hallaron muerto en una selva; le habían muerto de un palo en la cabeza, según dijeron los médicos. No fué posible averiguar quién había sido su asesino.

—¿Qué estás diciendo?—preguntó Jaime aterrado.

—Ya ves—continuó diciendo Isabel que por la oscuridad de la noche no pudo notar, desde la ventana, la alteración del rostro de su amante.

—Ya ves si el recuerdo de lo sucedido á mi pobre madre no justifica mis vacilaciones. Temo que Dios me castigue como á ella.

—¡Adios! ¡adios, Isabel!—dijo Jaime sin oír ya lo que ella decía.

—¡Adios!... ¡Hasta mañana por la mañana! ¡Ya ves si estoy resuelta! ¡Ya ves si te amo!

## II

—¡No viene! ¿qué le sucederá? Algo raro noté en él al despedirse de mí. ¡Oh!... ¡la impaciencia me mata!... ¡Iré á buscarlo á su casa! ¡No espero más! ¡Juana!

—Señorita.

—Vamos.

—Pero ¡por Dios, señorita!

—Sígueme y calla.

Isabel echó á andar y se dirigió á casa de Jaime. Llamó: tardaron en abrir. ¡Oh, que tormento el de Isabel en aquellos momentos de espera! Abrieron al fin.

—¿El señorito Jaime?

—En su estudio—respondió Gorito sorprendido por aquella visita matinal.

Veloz como un rayo, Isabel abrió la puerta del estudio, y, al entrar, lanzó un grito de espanto y cayó desmayada en el umbral.

Envuelto por los sombras con que luchaban débilmente la luz crepuscular que entraba por los resquicios de la mal cerrada ventana, y la de una bugía próxima á consumirse, suspendido de una cuerda de cáñamo atada á una viga del techo, oscilaba lentamente el cuerpo de un hombre.

FRANCISCO MARTÍN ARRÚE

## REVISTA DE MADRID

## VICTOR HUGO

Victor Hugo llena con su nombre inmenso la quincena que acaba de transcurrir. No se habla más que de él. Cuantos sucesos ocurrieron en los últimos quince días perdieron su interés y su importancia ante la muerte del poeta grande entre los grandes. No es mucho dedicar dos semanas al que ha llenado todo un siglo.

Porque el nombre de *el poeta del siglo XIX* dado á Victor Hugo no es un vano título, hijo de la exageración y la fiebre entusiasta de un pueblo. No. Aplicado á Victor Hugo es su verdadero nombre, el nombre con que será conocido en el porvenir. La posteridad no tendrá nada que rebajar de él. Con el tiempo, con la distancia, podrán alterarse los rasgos de su fisonomía, se abultarán sus defectos, se dejarán de percibir muchas de sus bellezas; pero no por eso perderá su carácter. Con todos sus defectos, con todas sus cualidades seguirá siendo el poeta del siglo XIX.

Y es que es obra suya, producto suyo, hijo de este siglo tan grande también, siglo de las maravillosas elaboraciones, de las prodigiosas conquistas, de los adelantos de la ciencia, del afianzamiento de la libertad. Victor Hugo encarnó en sí el aliento de este siglo poderoso y nadie más digno que él de representarle.

Basta para considerarlo así echar una ligera ojeada á la obra de Victor Hugo, á esa obra tan vasta y tan hermosa, de tan desmesuradas dimensiones, en que todos los géneros están puestos á contribución; la épica con su imponente majestad, la tragedia con sus terribles actitudes, la dramática con sus pasiones mal contenidas, la sátira con sus burlas que azotan las carnes y acobardan el espíritu. El siglo XIX es todo él protesta, renovación, lucha, y lucha, renovación, protesta, es también Victor Hugo; protesta contra los prejuicios antiguos, contra las falsas idealidades, contra las creaciones monstruosas; lucha por el progreso, por la libertad, por la fraternidad entre los hombres; renovación de un ideal de belleza, de un ideal de fe, de un ideal de justicia.

La protesta es el carácter dominante de la obra inmensa llevada á cabo por ese gigante en cerca de setenta años de trabajo. Protesta contra la organización de la sociedad que le parece absurda y deficiente; contra los dogmas estrechos de una religión que despreciando el fondo que lo es todo, piensa solamente en la forma, que no es nada, que se une á la letra que mata y no hace caso del espíritu que vivifica; protesta contra las demasías de los tiranos, contra la esclavitud que degrada al hombre poniéndole por bajo de las bestias, contra la pena de muerte que da al hombre el poder de destruir y no puede otorgarle la facultad de crear y dar la vida. Siempre que un déspota amenaza la libertad de un pueblo, levántase la protesta de Victor Hugo entre el verdugo y la víctima; siempre que una cuchilla amenaza la vida de un infeliz, la protesta de Victor Hugo acude á interponerse entre el sentenciador y el sentenciado. Esa protesta busca al czar y le pide piedad para Polonia; busca al emperador Guillermo y le pide piedad para París. Intercede en favor de los cristianos, cuando los cristianos sufren;

habla en nombre de los judíos, cuando son éstos los que lloran. No reconoce razas, no distingue religiones. Para él todos los hombres son hermanos y todas las religiones son un mismo culto.

Quiere innovarlo, removerlo todo, y con sus robustos brazos de atleta sacude las decrepitas columnas del viejo mundo y lleva á todas partes la savia, el aliento de la moderna idea redentora. Es á veces profeta que anuncia la muerte de un estado social y á veces precursor de una nueva doctrina santa y elevada. Aparta la vista de la sombra que huye y se postra de hinojos ante el sol que asoma. Pasa revista á los siglos que fueron y los maldice y los execra, y canta el himno del triunfo al siglo XIX, reparador de grandes injusticias, libertador de escandalosas servidumbres.

Y para conseguir lo que se propone, lucha sin tregua ni descanso, sin permitirse un punto de reposo, sin tener un instante de vacilación, sin que un momento se abatan los bríos de su alma ni las fuerzas de su cuerpo. Lucha, y empieza por vencerse á sí mismo, y cuando publicó reunidas en una nueva edición las *Odas realistas* que había escrito en sus primeros años, escribió al frente de ellas: «Pudo Murat enseñar orgullosamente »junto á su cetro de rey su látigo de postillón; con más »legítimo orgullo puedo yo enseñar mis *Odas realistas* »de niño al lado de mis poemas democráticos de hombre, por que subir de una cuadra á un palacio es raro »y es hermoso, pero es más hermoso, más raro, subir »del error á la verdad. En la primera ascensión cada »paso que se da significa que se ha ganado algo, en la »segunda sucede todo lo contrario... Y este orgullo debe »ser tanto más permitido tenerle cuando en la cumbre »de la escala de luz se ha hallado la proscripción y se »puede firmar este libro en el destierro». Lucha luego en el teatro, y su primera batalla es también su primera victoria, la imposición de todo un género lituario, y cambia de lugar en el centro de gravedad de la crítica de su tiempo; arroja de la escena los personajes fríos, inmutables del pseudo-clasicismo, y hace que ocupen su lugar otros personajes que hablan, piensan, sienten el lenguaje, la idea, el sentimiento de nuestros días. Lucha en la novela, y vence también, y aquí reemplaza la lucha imposible del hombre contra el Dios, por la lucha humana del hombre contra el tirano, del hombre contra la naturaleza, de la idea nueva representada por el libro contra la idea antigua representada por el templo. Deja de pintar los combates sostenidos ante las puertas de Troya ó ante los muros de Tebas y pinta los combates en las calles, en las casas, en las boardillas. No se preocupa de vencer el destino, si no de vencer al déspota.

Y le vence siempre. Ved sino al poeta en su guerra con el imperio, guerra titánica del que no tenía mas que una idea contra el que tenía toda la fuerza, todo el poder, todo el prestigio de la majestad. Victor Hugo proscrito, errante, perseguido, condenado á muerte, escribe *Los castigos*, ese haz de rayos que lanza sobre la frente soberbia del crimen victorioso de la virtud, mercader de la lealtad. Y en una poesía de ese libro severa, hermosa, la razón, el derecho, la piedad, el rayo, el águila, el pensamiento, la concordia, la poesía, el honor, dejan la Francia, se espatrian, sólo queda desprecio, que dice con sublime laconismo:—*¡Je rest!* Y en efecto, obedeciendo al mandato del poeta se queda, acompaña al imperio en sus escandalosas orgías, va con él á Sedán, le sigue á Inglaterra, y cuando muere Napoleón se recuesta sobre el frío mármol de su tumba para no moverse de allí, como si hubiera sido inseparable compañero del tirano.

Esto es lo que da á Victor Hugo esa superioridad incontestable sobre los demás poetas contemporáneos, lo que hace que, en efecto, él y sólo él pueda llevar el nombre de su siglo. La voz del poeta es la voz misma del siglo dictando leyes, presagando dichas, consagrando derechos que se afirman, progresos que se realizan, libertades que se aseguran; llevando una palabra de consuelo á todos los oprimidos, una frase de esperanza á todos los desgraciados, enseñando á los pobres el amor y á los ricos la caridad, ensalzando á los humildes y abatiendo á los orgullosos. No hay una aspiración noble, justa y honrada que no palpite en los versos del poeta, donde tienen un ¡ay! todos los dolores, un eco todas las plegarias, una nota todas las alegrías, una luz todas las conciencias y un perdón todos los arrepentimientos. Para él ninguna culpa es irredimible. Ve á *Lucrecia Borgia* y la ve trasfigurada por la maternidad, ve á *Marion De'orme* y la ve también trasfigurada por el amor. Iluminados por un rayo de su poesía *Quasimodo* y *Rigoletto*, feos los dos, ridículos, deformes, se nos presentan hermosos y sublimes, abrazado el uno al esqueleto de la mujer amada, llorando el otro sobre el cadáver de su hija. La deformidad física, la deformidad moral desaparecen en cuanto un rayo de amor viene á bañarlas con su luz.

Y como su siglo también, el poeta es creyente, conoce á Dios, tiene fe. No esa fe raquílica y mezquina, esa fe de tan corto vuelo que no sabe elevarse más allá de la cúpula de un templo cristiano ó una mezquita musulmana, sino esa fe amplia, esa fe grande que ve á Dios en todas partes, en el mar que ruje, en el campo que duerme, en el cielo que inunda el sol ó tachonan las estrellas. No esa fe que sanciona el absurdo, sino esa

fe que infunde el sentimiento y hace hermosa y santa la verdad. Una de sus más celebradas poesías es toda una profesión de fe. Describe la caída de la tarde, pinta el silencio del campo, la serenidad del cielo, el reposo del bosque; alguien le pregunta: ¿cuál es su Dios, cuál su templo, cuál su altar, y el poeta le señala el paisaje, los lejanos montes, los árboles frondosos, el espacio sin límites abierto á sus miradas; y como en aquel momento la luna se levanta tras las distantes cumbres y aparece entre las ramas entrelazadas de los árboles, se postra de rodillas y le parece ver en el fondo á Dios oficiando y levantando la hostia entre sus dedos... Su último escrito es una hermosa ratificación de esa poesía. En él rechaza la oración de todas las iglesias—es decir, la oración interesada que se calcula por la utilidad que deja—y pide una oración á todas las almas. «Creo en Dios,» dice al terminar.

Confía asimismo en el porvenir, cree en la libertad, en el progreso. «Esto matará aquello» dice en *Nuestra Señora de París*, profetizando un cambio radical de las ideas. Y en todas sus demás obras respírase la convicción que tiene en que por fin la verdad, la razón, el derecho prevalecerán. No era el poeta de la desesperación y de la duda, sino el poeta de la esperanza. Había visto desquiciarse un mundo de ideas en su corazón y en torno suyo, y levantarse enseguida y surgir sobre aquellas ruinas un mundo más hermoso que el primero; había cantado el amor en toda su pureza, el honor en toda su amplitud, el entusiasmo en todas sus fases. La duda en él hubiera sido un contrasentido, porque duda significa debilidad, abatimiento, anemia y él era fuerte, vigoroso, rudo. Había alimentado con el jugo de sus ideas á toda una generación y aun formaba las delicias de los hijos de aquellos que le aplaudieron por primera vez; había asistido á la revancha terrible del 2 de Diciembre, á la libertad de Grecia, á la unificación de Italia, á la independencia de los principados del Danubio; había presenciado muchas justicias para que no creyera en algo infinitamente justo, interventor misterioso en las disputas de los hombres. Había visto la rotura del istmo de Suez, la horadación del Mont-Cenis, los descubrimientos de Edison, las adivinaciones de Le Verrier: tenía que creer forzosamente en el porvenir de la humanidad sobre la tierra.

Y creía, en efecto, y ni la sombra de una duda empañaba su conciencia. Creía en la fraternidad de los pueblos, en la omnipotencia de Dios, en la bondad de sus principios. Por eso no hay en él vacilaciones. Desde

que se lanzó por la senda que ha recorrido hasta el final con inquebrantable perseverancia, no duda, no desfallece, ni siquiera en aquella noche densísima del golpe de Estado, ni siquiera en las amarguras de la proscripción, ni siquiera en las soledades del destierro. Es siempre el cantor creyente del porvenir, el centinela vigilante que fijos los ojos en el horizonte aguarda la salida del sol para saludarle con un himno de alegría. Larga es la noche, espesa la sombra; no brilla una luz en la tierra, no arde una estrella en el cielo; los campos están mudos, los montes silenciosos y como muertos y él, sin embargo, espera vuelto hacia el Oriente la aparición del primer rayo que ha de anunciarle el día luminoso, y con el día luminoso el despertar magnífico de los seres y las cosas.

Todo es extraordinario en la vida de ese hombre extraordinario, como si la naturaleza hubiera hecho en favor suyo una excepción á todas sus leyes. Nació débil, enfermizo, recibió el agua del socorro por miedo á que muriese antes que la iglesia llegara á bautizarle, y pronto cobró fuerzas bastantes para emprender esa campaña prodigiosa que parece obra de muchos hombres más bien que de uno solo. Su vigor crece, sus facultades se desarrollan, su actividad se multiplica; escribe y destruye, y cada uno de sus libros, de sus poemas, de sus dramas, es una idea, significa un combate y representa una victoria. Y los años pasan ante él y ante él se incinan sin tocarle, y los infortunios se estrellan en su frente sin quebrantarle como se estrellan los rayos sin conmoverla en la cima de las montañas. Su vida es larga. Vive lo bastante para luchar, lo bastante para vencer, lo bastante para asistir al triunfo de sus ideas y sus doctrinas, para presenciar el éxito de sus libros, para ver la apoteosis de su genio. Y cuando el siglo va perdiendo el carácter que él le imprimió, cuando las cosas en su incesante cambio empiezan á modificarse, cuando al impulso de otras ideas empieza á operarse una revolución en los espíritus, cuando el siglo cansado ya y caduco siente que se escapa el cetro de sus manos, Víctor Hugo muere también y muere con una muerte digna de él, sin dar al mundo el espectáculo de una agonía, como un astro sin poniente que se hunde de pronto en el horizonte, llevándose al perderse en los espacios infinitos, todo el tesoro de su luz, tan hermoso á la hora de su desaparición, como á la hora de mediodía en que brillaba sin rival en el seno de un nimbo luminoso.

La noticia de su muerte sorprendió al mundo. A fuerza de verle siempre vivo, siempre fuerte, siempre

vigoroso; al ver que en torno al poeta todos caían á empuje de los años y él solo se mantenía enhiesto entre tantas ruinas, habíamos llegado á creer en una especie de inmortalidad de su cuerpo en armonía con la inmortalidad de su obra. Parecía como que Víctor Hugo no podía morir. Y esta idea es de todos los tiempos, y se encuentra en el fondo de todas las teogonías y de todas las leyendas. Los héroes populares no mueren nunca. El profeta Elías fué arrebatado á un lugar oculto y de allí volverá á la tierra á predicar el reinado de Jesucristo antes del fin de los tiempos; el rey Arturo vive aún para los bretones; Federico Barbarroja aguarda en una gruta subterránea la hora de su despertar; en la poesía popular serbia Marko Kraliewitch no ha muerto, y con su caballo Charatz se dispone á tornar al mundo; en la leyenda azteca Moctezuma hace penitencia hasta que llegue la hora de restaurar el destruido imperio mejicano.

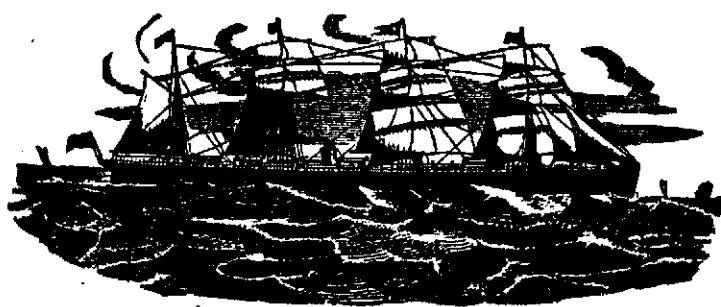
Hoy sabemos que los héroes, los genios, los sabios, los conquistadores, no pueden eludir la ley inmutable que condena á la muerte á la materia, y, sin embargo, queda aún en nuestro corazón esa huella de su paso. Quizá por eso es mayor nuestro sentimiento siempre que vemos desaparecer á uno de esos hombres que asume en sí la representación de una época, los dolores, las esperanzas, los ideales de una generación; porque la muerte, que ayer nos pudo parecer un apartamiento temporal, nos parece ahora una separación definitiva.

Víctor Hugo ha muerto. Con él muere la poesía de todo un siglo; con él muere todo un género literario, una fórmula de estética, una forma de esa aspiración sublime al bien, á la belleza, á la verdad, que existe en todas las almas. No morirá con él la poesía, faro inextinguible, manantial inagotable, que constantemente es la misma y constantemente se renueva, hada maravillosa, que teje sin cesar hilos de oro, por entre los cuales filtra el sol sus rayos y deja ver el cielo azul. Pero lo que sí puede decirse que ha muerto con él es esa poesía creyente y batalladora que cantaba el progreso y la verdad. Hoy la poesía se recoge, huye del campo de batalla, se retira á su hogar desierto, frío, porque falta en él la fe que en otro tiempo le animaba; canta, sí, pero canta la duda, la desesperación, el abatimiento, los combates formidables é internos que se libran en las conciencias desquiciadas. La poesía que mató á Napoleón está ahí, en la cripta del panteón, agobiada bajo una montaña de coronas.

EUGENIO DE OLAVARRÍA Y HUARTE.

Imprenta de EL PROGRESO  
á cargo de B. Lanchares, Saleses, 2, duplicado.

## ANUNCIOS



SERVICIOS  
DE LA

### COMPANIA TRASATLANTICA

DE BARCELONA

VAPORES-CORREOS Á PUERTO-RICO Y HABANA

con escala y extensión á las Palmas,  
Puertos de las Antillas, Veracruz y Pacífico.

Salidas trimestrales

De Barcelona, el 5; Málaga, el 7 y Cádiz el 10 de cada mes, para Palmas, Puerto Rico, Habana y Veracruz.

Santander el 20, y Coruña el 1, para Puerto-Rico y Habana.  
Barcelona, el 25; Málaga el 27, y Cádiz el 30, para Puerto Rico, con extensión á Mayagüez y Ponce, y para Habana, con extensión á Santiago, Gibara y Nuevitas, así como á La Guaira, Puerto Cabello, Sabanilla, Cartagena, Colón y puertos del Pacífico, hacia Norte y Sud del Istmo.

VIAJES DEL MES DE MAYO

El 30, de Cádiz Ciudad de Santander.

VAPORES-CORREOS A MANILA

con escalas en

Port-Said, Aden y Singapore, y servicio á Ilo-Ilo y Cebu

SALIDAS MENSUALES DE

Liverpool, 15; Coruña, 17; Vigo, 18; Cádiz, 23; Cartagena, 25; Valencia, 26, y Barcelona, 1.º, fijamente de cada mes.  
El vapor *Reina Mercedes* saldrá de Barcelona el 1.º de Junio

Todos estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebaja por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales, para emigrantes de clase artesana y jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

Para más informes en

Barcelona: *La Compañía Trasatlántica*, y Sres. Ripol y Compañía, plaza de Palacio.—Cádiz: Delegación de la *Compañía Trasatlántica*.—Madrid: D. Julian Moreno, Alcalá.—Liverpool: Sres. Larrinaga y Compañía.—Santander: Angel B. Pérez y Compañía.—Coruña: D. E. de Guardia.—Vigo: D. R. Carreras Irigorri.—Cartagena: Bosch hermanos.—Valencia: Dart y Compañía.—Manila: Sr. Administrador general de la *Compañía general de Tabacos*.

EL PROGRESO EN 1885

QUINTO AÑO DE SU PUBLICACION

La importancia adquirida por EL PROGRESO, que á los cinco años de existir figura entre los tres ó cuatro periódicos de mayor circulación de España, á la cabeza de los de gran tamaño, le impone deberes para con el público que de tan extraordinaria manera le favoreció.

Por esta razón todo sacrificio para corresponder á los favorecedores que nos dispensan nos parecen insuficiente y nuestros esfuerzos irán encaminados á consolidar la predilección con que nos distinguen

LA REFORMA AGRICOLA

Periódico quincenal de intereses materiales.

Se regala á los suscritores de EL PROGRESO que paguen por semestres adelantados con todos los beneficios establecidos para los suscritores directos como son: la adquisición á plazos ó con notables rebajas, de toda clase de máquinas é instrumentos agrícolas, plantas, semillas sementales, obras notables de agricultura y la contestación gratuita á las consultas que se dirijan á las *Oficinas* de cultivos de *La Reforma Agrícola*, Serrano, 48, principal.—Madrid.

### BIBLIOTECA FOLK-LORICA A. GUICHOT Y COMPAÑIA EDITORES SEVILLA

1.º *Biblioteca de las tradiciones populares españolas*, escritas por todos nuestros mitógrafos y folk-loristas. (En los primeros volúmenes se publican: «Colecciones de cuentos, Fiestas y costumbres. Supersticiones y mitos, Folk-lore de Madrid, Juegos infantiles, Folk-lore de dibujo, etc.») Publicación trimestral en bonitos tomos de 300 páginas, algunos ilustrados con grabados. Precio de tomo para el suscriptor..... 16

### COLÓN EN ESPAÑA

Esta obra, por más de un concepto interesante y nueva y recientemente publicada bajo los auspicios del Excmo. Sr. Duque de Veragua, se halla de venta en las principales librerías de Madrid, al módico precio de CUATRO PESETAS

Los pedidos pueden hacerse al almacén Romero, Preciados 1, administrador de la obra.

### GERMINAL

Hija LEGITIMA Y EN DOS TOMOS

DE  
E. ZOLA

Se compromete á hacer pasar á V. agradables ratos por 6 pesetas.

Librería de *El Cosmos editorial*, Montera, 21

### DICCIONARIO

HISTÓRICO, BIOGRÁFICO, CRÍTICO Y BIBLIOGRÁFICO  
DE EXTREMEÑOS ILUSTRES

POR DON NICOLÁS DIAZ Y PEREZ

Única obra para estudiar la historia de todos los hombres célebres que ha dado Extremadura desde los tiempos de Roma hasta nuestros días. Saldrá á luz por cuadernos de 40 páginas, en folio español á dos columnas; buen papel y esmerada impresión. Irá ilustrada la obra con retratos, esmeradamente ejecutados, de los extremeños más ilustres. El cuaderno que contenga lámina sólo constará de 24 páginas de texto.

El precio de cada cuaderno en toda España será de 1 peseta. Los suscritores de provincias anticiparán con el primer cuaderno el valor de 5, para no tener interrupciones en el recibo de los que vayan publicándose.

La obra constará de 60 á 70 cuardenos. En las cubiertas de los mismos se publicarán los nombres de todos los señores suscritores.

Se admiten suscripciones en casa de los Editores, Sres. Pérez y Boix, Madrid, Manzana, 21 y en las librerías de D. A. San Martín, Puerta del Sol 6 y Carretas, 39; D. Fernando Fe, Carrera de San Jerónimo 2; Murillo, Alcalá y D. Leocadio López, Carmen, 13